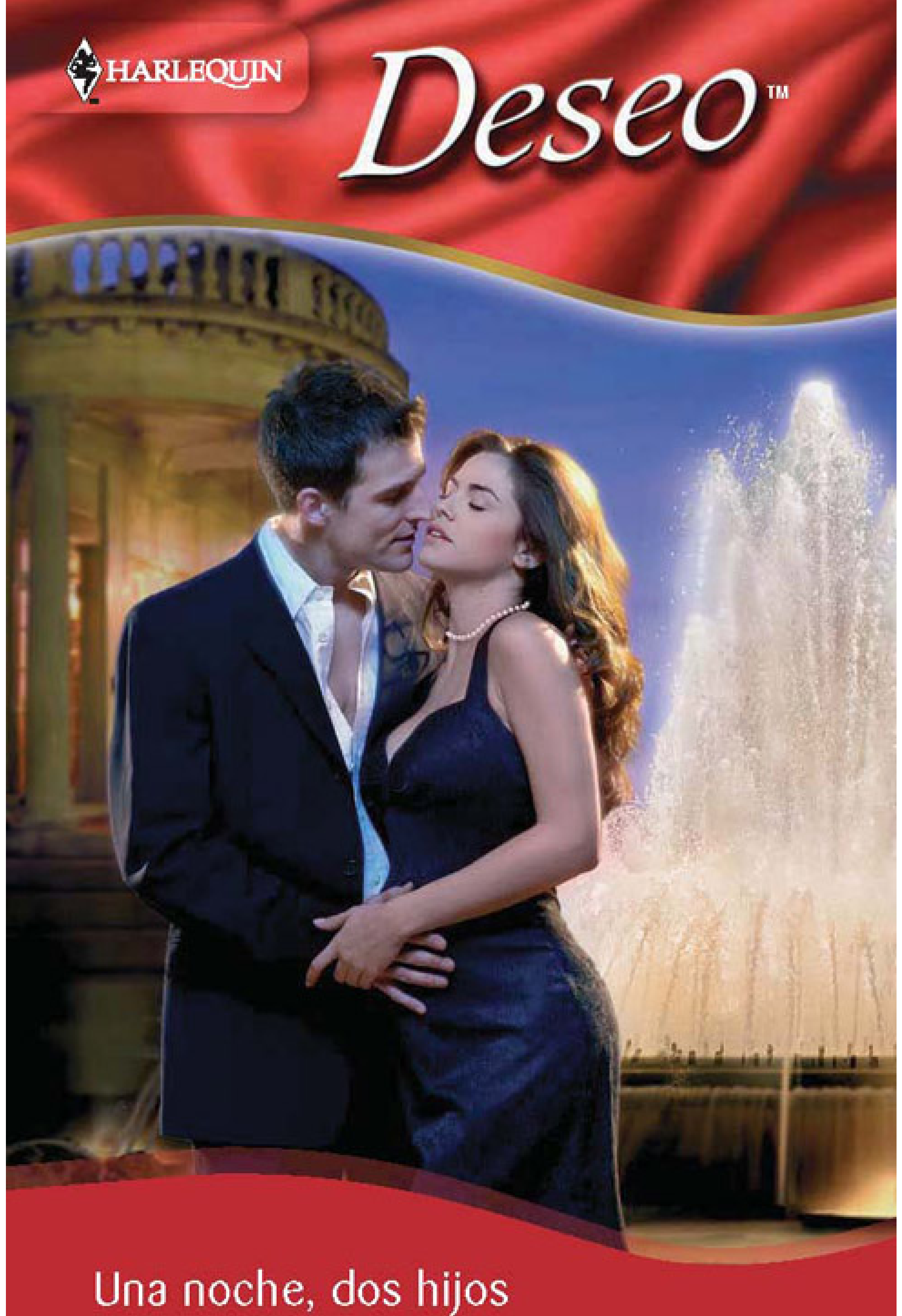


Una noche, dos hijos

KATHIE DENOSKY

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A
Núñez de Balboa, 56 28001 Madrid

UNA NOCHE, DOS HIJOS, N.º 1752 - noviembre 2010
Título original: One Night, Two Babies Publicada originalmente por Silhouette® Books.
Publicada en español en 2010

I.S.B.N.: 978-84-671-9250-6
Editor responsable: Luis Pugni
E-pub x Publidisa

Capítulo Uno

–Señora Montrose, sé que lo que hizo Derek está mal, pero tiene que darle otra oportunidad.

Al escuchar la voz masculina Arielle Garnier levantó la mirada de la pantalla del ordenador… y su corazón dio un vuelco. El hombre que acababa de entrar en su despacho era la última persona a la que había esperado volver a ver. Y, a juzgar por su expresión, estaba tan sorprendido de verla como ella

–Quería hablar con la directora del colegio, la señora Montrose, sobre el incidente con Derek Forsythe. ¿Podrías decirme dónde puedo encontrarla? –le preguntó, después de aclararse la garganta.

–Helen Montrose ya no trabaja aquí. Vendió el colegio y se retiró hace un par de semanas –Arielle intentaba desesperadamente que su voz sonase tranquila a pesar de los nervios–. Yo soy la nueva propietaria del colegio Premier.

Luego, respirando profundamente, se recordó a sí misma que debía permanecer serena aunque la reaparición de aquel hombre la hubiese turbado de tal modo. Aquél era su territorio y él era el intruso. Además, preferiría caminar descalza sobre carbones encendidos antes que dejar claro que su presencia la afectaba.

–¿Cuál es el problema?

Él sacudió la cabeza.

–No tengo tiempo para juegos, Arielle. Quiero hablar con Helen Montrose lo antes posible.

La sorpresa de volver a verlo dio paso al enfado. No parecía creer que ella fuese la nueva propietaria del colegio Premier de educación preescolar.

–Ya te he dicho que la señora Montrose se ha retirado. Y si tienes algo que decir sobre el colegio tendrás que decírmelo a mí.

Él no parecía muy contento con la situación, pero tampoco ella estaba encantada al ver al hombre que tres meses y medio atrás había pasado una semana amándola como si fuera la mujer más deseable de la tierra… para desaparecer luego sin decir una palabra. Ni siquiera había tenido la decencia de dejar una nota o llamarla por teléfono.

–Muy bien –dijo por fin. Era evidente que no le hacía ninguna

gracia, pero dejó de insistir en hablar con la señora Montrose–. Supongo que es una buena ocasión para volver a presentarme: mi nombre es Zach Forsythe.

A Arielle se le cayó el alma a los pies. ¿Aparte de dejarla plantada sin decir una palabra le había mentido sobre su nombre? ¿Era Zachary Forsythe, el propietario del imperio hotelero Forsythe?

Y estaba allí para hablar de Derek Forsythe… ¿significaba eso que era su padre? ¿Estaría casado también?

Arielle intentó recordar si había oído o leído algo sobre él recientemente en los medios de comunicación. Pero lo único que podía recordar era que Zach Forsythe, famoso por vivir una vida tranquila alejado de los focos, preservaba su intimidad como si fuese el oro de Fort Knox. Y, desgraciadamente, no sabía nada sobre su estado civil.

Pero la idea de que pudiera haber pasado una semana en los brazos de un hombre casado hizo que sintiera un escalofrío.

–Corrígeme si me equivoco, pero hace unos meses yo te conocía por el nombre de Tom Zacharias.

Él se pasó una impaciente mano por el pelo.

–Sí, bueno, sobre eso…

–Ahórrate las explicaciones, no estoy interesada –lo interrumpió Arielle–. Creo que querías hablar sobre Derek Forsythe y supongo que quieres discutir su castigo por morder a otro niño.

Zach asintió con la cabeza.

–Sí, claro. Tienes que darle otra oportunidad.

–No llevo aquí el tiempo suficiente como para conocer a todos los niños, pero la profesora de tu hijo dice…

–Sobrino –la interrumpió él. Y luego esbozó la misma sonrisa que la había enamorado casi cuatro meses antes–. Derek es el hijo de mi hermana. No estoy ni he estado casado nunca, Arielle.

Para ella fue un alivio escuchar eso, pero su devastadora sonrisa y el tono íntimo que había usado para pronunciar su nombre la hicieron tragar saliva.

–No hay que estar casado para tener hijos –replicó, haciendo lo posible por recuperar la compostura.

–Sí, bueno, supongo que es una decisión personal –observó Zach, encogiéndose de hombros–. Pero yo no tendría un hijo sin estar casado.

–Lo quisiera o no, no es ése el tema señor Forsythe.

–Llámame Zach.

–No creo que…

Antes de que pudiese terminar la frase Zach dio un paso adelante.

–Y puede que el matrimonio no sea un problema, pero no quiero que pienses…

–Lo que yo piense es irrelevante –desesperada por cambiar de tema, Arielle intentó concentrarse en el asunto que tenían entre manos–. La profesora de Derek dice que es la tercera vez que muerde a un niño en una semana y el colegio tiene unas normas muy estrictas sobre ese tipo de comportamiento.

–Sí, lo entiendo, pero Derek sólo tiene cuatro años. ¿No puedes hacer una excepción? Si no te han hablado del accidente de mi hermana no te aburriré con los detalles, pero Derek lo ha pasado muy mal en estos últimos meses y ésa es la razón por la que se porta así. Las cosas están volviendo a la normalidad y estoy absolutamente seguro de que dejará de portarse mal. Créeme, es un niño muy bueno.

Zach o Tom, o como se llamase, estaba poniéndola en una situación muy incómoda. Por un lado, las reglas eran las reglas y estaban allí para educar a los niños. Si hacía una excepción con Derek tendría que hacerla con los demás. Pero, por otro lado, si no le daba otra oportunidad podría parecer que estaba castigándolo por lo que había hecho su tío.

–¿Serviría de algo que te prometiese tener una larga charla con Derek para hacerle entender que es inaceptable morder a otros niños? –le preguntó Zach entonces, apoyando las manos en el borde del escritorio–. Vamos, cariño. Todo el mundo merece una segunda oportunidad.

Zach le había mentido sobre su nombre y luego había desaparecido sin dar una explicación, de modo que Arielle no estaba tan segura. Pero su proximidad y que la llamase «cariño» con ese acento texano hizo que sintiera un cosquilleo por la espalda.

–Muy bien –dijo por fin, echándose hacia atrás.

En realidad, estaba dispuesta a decir cualquier cosa para que dejase de sonreír y saliera de su despacho. Además, cuanto más tiempo estuviera allí más fácil sería que adivinase por qué llevaba semanas intentando ponerse en contacto con él. Y no estaba preparada para hablar del asunto porque no eran ni el sitio ni el

momento adecuados.

–Si le explicas a Derek que morder a otros niños es algo que no se debe hacer le dejaré ir con una advertencia por esta vez –dijo por fin–. Pero si vuelve a pasar tendremos que expulsarlo del colegio temporalmente.

–Me parece justo –Zach se irguió, con una sonrisa en los labios–. Ahora que hemos aclarado el asunto, te dejo en paz para que sigas trabajando. Por cierto, ha sido una agradable sorpresa volver a verte, Arielle.

Y las vacas volaban, pensó ella, haciendo un esfuerzo para contener el sarcasmo. Pero antes de que pudiera decirle que no se lo creía, Zach salió del despacho y cerró la puerta.

Suspirando, Arielle cerró los ojos e intentó centrarse. ¿Qué podía hacer?

Había dejado de buscarlo cuando se encontró con un callejón sin salida. Claro que ahora sabía por qué: el hombre al que había estado buscando no existía. Había sido Zachary Forsythe, el magnate hotelero, quien le había hecho el amor… y quien le había mentido. Y allí estaba, viviendo en la ciudad a la que ella se había mudado recientemente, con un sobrino en edad de preescolar.

–¿Cómo es posible que mi vida sea un caos tan grande?

Enterrando la cara entre las manos, Arielle hizo lo posible por organizar sus pensamientos. No sabía qué hacer o si debería hacer algo. Evidentemente, Zach no había esperado volver a verla y no estaba muy contento de que fuera así. Y tampoco ella estaba emocionada.

De repente, sintió un pellizco en el estómago y puso allí una mano para intentar contener la emoción. Lo primero, había cometido un error al enamorarse de aquel hombre tan carismático. Y segundo, había malgastado incontables horas intentando encontrar a alguien que, evidentemente, no merecía la pena encontrar.

Pero tontamente había querido creer que tendría una explicación plausible para haberla dejado sin decir una palabra tantos meses atrás. En el fondo sabía que estaba engañándose a sí misma, pero eso era más fácil que aceptar que había sido una tonta. Pero ahora no cabía la menor duda de que era el canalla que había temido que fuera.

Tragando saliva, tomó un pañuelo de papel para secarse los ojos. Mudarse a Dallas debería haber sido algo bueno, un gesto

simbólico para dejar atrás el pasado y empezar de nuevo. Pero Zach lo había estropeado todo. No sería posible olvidarse de él y seguir adelante con su vida si aparecía en el colegio cuando le viniese en gana.

Suspirando, tomó otro pañuelo. Odiaba estar tan llorona últimamente, pero también eso era culpa de Zach.

Cuando volvió a sentir otro pellizco en el estómago, abrió automáticamente el cajón del escritorio para sacar la bolsita de galletas saladas que guardaba para esas ocasiones.

Sí, Zachary Forsythe tenía la culpa de que sus hormonas la hicieran exageradamente emotiva, además de otros problemas. Y el principal problema de todos era pensar cómo y cuándo decirle al hombre más imbécil de Texas que, aunque no estuviera casado, en cinco meses y medio iba a ser el padre de su hijo.

Zach entró en su oficina en el cuartel general de los hoteles Forsythe recordando su inesperado encuentro con Arielle Garnier. Había pensado mucho en ella desde la semana que pasaron en Aspen, pero no había esperado volver a verla. Y mucho menos en el colegio al que acudía su sobrino. Pero gracias al mal comportamiento de Derek, estaba en la incómoda posición de tener que suplicar a la mujer a la que había dejado plantada unos meses antes.

Suspirando, se dejó caer sobre el sillón frente a su escritorio y miró la fotografía aérea del lujoso hotel de Aspen. Recordaba que Arielle le había dicho que era profesora de primaria en un colegio de San Francisco… ¿entonces por qué estaba en Texas?

¿Y de dónde había sacado el dinero para comprar el colegio de preescolar más prestigioso de Dallas?

Tal vez sus hermanos mayores tenían algo que ver con el asunto, pensó. Si no recordaba mal, le había dicho que uno era un abogado muy conocido en Los Ángeles y el otro propietario de una de las constructoras más importantes del sur. Ellos podrían haberle prestado el dinero para comprar el colegio. De hecho, ellos le habían regalado el viaje a Aspen por su veintiséis cumpleaños.

Concentrando su atención en la fotografía del lujoso hotel, Zach no pudo evitar una sonrisa al recordar la primera vez que vio a Arielle. Habían sido su encantadora sonrisa y su belleza lo primero que lo atrajo de ella; el sedoso cabello rojizo que destacaba a la perfección una complexión de porcelana… y los ojos pardos más

bonitos que había visto nunca.

Pero a medida que avanzaba la noche se quedó cautivado por su inteligencia y su sentido del humor. A la mañana siguiente se habían convertido en amantes.

Mientras pensaba en la que había sido la semana más emocionante y memorable de su vida, la puerta se abrió y su hermana entró en el despacho.

–¿Has hablado con la señora Montrose? –le preguntó, sentándose en la silla y apoyando la muleta sobre el escritorio–. Siempre ha sido una persona muy justa y desde el accidente ha sido muy comprensiva con el comportamiento de Derek.

Zach negó con la cabeza. –Helen Montrose ya no es la propietaria del colegio, Lana. –¿Ah, no? –había una nota de pánico en la voz de su hermana–. ¿Quién lo ha comprado? ¿Han expulsado a Derek? ¿Le has explicado a la persona que está a cargo que normalmente el niño no se comporta así?

–Arielle Garnier es la nueva propietaria del colegio –contestó él, mirando el rostro de su hermana.

Para quien no supiera nada del accidente, Lana era la viva imagen de la salud. Pero había días en los que la fatiga de la terapia era demasiado para ella.

–¿La señora Montrose ha vendido el colegio?

–No quiero que te preocupes, ya me he encargado de todo y he prometido hablar con Derek sobre su comportamiento. No lo han expulsado y no lo harán a menos que vuelva a morder a otro niño.

–Ah, menos mal –suspiró Lana, sonriendo por fin–. Derek está más tranquilo ahora que me han quitado las escayolas y hemos vuelto a casa. Estoy segura de que pronto volverá a ser el niño de siempre.

Lana se había roto las piernas y un par de costillas en el accidente, además de otras graves lesiones internas, y Zach había insistido en que se mudara a su casa con el niño hasta que estuviese recuperada del todo. Cuando le dieron el alta del hospital no podía cuidar de sí misma y menos de un activo niño de cuatro años y medio.

–¿Cómo ha ido la terapia? –le preguntó, al ver que hacía una mueca al cambiar de postura–. ¿Te duele?

–He mejorado más de lo que pensaba mi fisio, pero no son los ejercicios lo que me provoca dolor –dijo ella, señalando el

ventanal–. Es el mal tiempo. Desde el accidente puedo predecir lluvias mucho mejor que un barómetro.

Zach miró por encima de su hombro y vio que hacía sol.

–¿Tú crees que va a llover?

–Mis rodillas me dicen que sí, así que no salgas de aquí sin un paraguas.

–Lo tendré en cuenta –rió él–. Si quieres ir a casa a descansar le diré a Mike que vaya a buscar a Derek al colegio.

Lana asintió mientras se levantaba, tomando la muleta.

–Puede que no sea mala idea. Le prometí a Derek que haría galletas de chocolate para la merienda y estaría bien echarme una siestecita antes de entrar en la cocina.

–Pero no te esfuerces demasiado.

Ella rió mientras se dirigía a la puerta.

–No te preocupes, no hay ningún peligro.

–Por cierto, voy a ir al rancho este fin de semana. ¿Quieres venir con Derek?

El rancho familiar en el que habían crecido, al norte de Dallas, se había convertido en un sitio tranquilo para pasar los fines de semana.

–Gracias, pero ahora que estoy mejor creo que Derek necesita estar a solas con su mamá. Además, ya sabes que el rancho se inunda cuando llueve y no quiero tener que quedarme encerrada en casa. Pero, por favor, dale a Mattie un beso de mi parte y dile que Derek y yo iremos a visitarla en un par de semanas.

–Puedes pedirle a mi chófer que te lleve donde quieras porque voy a ir en mi coche. Y si cambias de opinión, dile que te lleve al rancho.

–Muy bien, pero no creo que vaya –sonrió Lana.

Cuando su hermana se marchó, Zach volvió al trabajo. Pero no podía dejar de pensar en Arielle Garnier y en lo asombrosamente guapa que le había parecido aquella mañana. Tenía una especie de brillo en la cara que le había parecido fascinante.

Entonces arrugó el ceño. Por increíble que pudiese parecer estaba más guapa ahora que cuando se conocieron.

Pero se preguntaba qué la habría llevado a Dallas. Que él supiera, había nacido en San Francisco y le encantaba vivir allí. ¿Por qué habría cambiado de opinión en tres meses y medio? ¿Y por qué no se había ido a Los Ángeles o Nashville para estar más cerca de sus hermanos?

Cuando salió del despacho aquel día, Zach tenía más preguntas que respuestas. Algo no cuadraba y aunque donde viviese Arielle o lo que hiciera con su vida no era asunto suyo, decidió pasar por el colegio de camino a casa. Tenía intención de averiguar por qué una mujer que estaba absolutamente satisfecha con su vida unos meses antes, de repente había hecho un cambio tan drástico.

***

–Menos mal que es viernes –Arielle intentaba abrocharse el impermeable mientras saltaba los charcos del aparcamiento para llegar a su Mustang rojo–. ¡Qué día! Ha sido un problema detrás de otro.

La suave lluvia que empezó a caer por la mañana se había convertido en un aguacero y había seguido lloviendo por la tarde, obligándola a cancelar el viaje al zoo que tenían preparado para los niños. Luego, por si treinta alumnos de preescolar disgustados no fueran suficiente, una niña de tres años se metió un caramelo en la nariz y habían tenido que llevarla urgentemente al hospital.

Arielle cerró el paraguas y abrió la puerta del coche para sentarse frente al volante. Estaba deseando llegar a su nuevo apartamento, ponerse un chándal y olvidarse de aquel día.

Desde que se quedó embarazada había empezado a echarse la siesta a la misma hora que los niños, pero esa tarde se la había saltado y no sólo estaba cansada sino irritable.

Sin embargo, sus planes de pasar un tranquilo fin de semana en casa se fueron por la ventana cuando el motor de su coche emitió una especie de gemido agónico.

Cuando todos sus intentos de arrancar fracasaron, cerró los ojos y contuvo el deseo de ponerse a gritar. Cuando Zach Forsythe apareció en su despacho debería haber imaginado que aquél iba a ser un día horrible.

Suspirando pesadamente, sacó el móvil del bolso para llamar a la grúa. Pero su disgusto se tornó angustia cuando le dijeron que debido a la tormenta estaban sobrecargados de trabajo y tendría que esperar varias horas.

Después de guardar el móvil miró los charcos del aparcamiento y luego la puerta del colegio. No podía quedarse sentada en el coche esperando y abrirse paso bajo la lluvia tampoco era nada apetecible.

Pero se animó considerablemente al ver un Lincoln

monovolumen deteniéndose a su lado. Aunque se preguntó por un momento si debía ser cauta y rechazar la ayuda de un extraño, de inmediato se dijo a sí misma que era una tontería. Estaban en una zona exclusiva y lujosa de Dallas, era de día… ¿y cuántos delincuentes conducían un coche tan caro?

Pero cuando el conductor, Zach Forsythe, salió del Lincoln y entró tranquilamente en su coche, la gratitud de Arielle murió de inmediato.

–¿Se puede saber qué haces? –exclamó.

–Parece que he venido a rescatarte –sonrió él.

–No necesito tu ayuda.

–¿Entonces qué haces sentada en el coche en medio de un aparcamiento inundado?

–A lo mejor quiero estar aquí.

–Arranca el coche, Arielle.

–No –dijo ella. ¿Por qué no la dejaba en paz?

–¿Es porque no quieres o porque no puedes?

Arielle lo fulminó con la mirada antes de asentir con la cabeza.

–No puedo –admitió.

–Ya me lo había imaginado. Se ha ahogado el motor, ¿verdad?

–Sí –murmuró ella, con los dientes apretados.

–Bueno, entonces sí necesitas mi ayuda.

–Gracias por la oferta, pero supongo que entenderás que la debo declinar –insistió Arielle. Si él era su única alternativa prefería solucionarlo por su cuenta.

–No seas tonta...

–No lo soy. Ya he llamado a la grúa.

–¿En serio? ¿Y cuándo llegará?

–No lo sé, pero no creo que tarden mucho –mintió Arielle, mirando hacia la calle. Tal vez si lo deseaba con todas sus fuerzas la grúa aparecería por arte de magia y él desaparecería.

–No me lo creo –Zach se inclinó hacia delante, como si fuera a contarle un secreto–. Recuerda que yo soy de aquí y sé lo que pasa en primavera y el tiempo que tarda la grúa en aparecer en un día de tormenta. También sé que llamar a un taxi daría el mismo resultado.

–No me importa esperar.

–En caso de que no lo hayas notado, está lloviendo a cántaros y no parece que vaya a dejar de hacerlo. Tendrás suerte si la grúa viene mañana.

–No creo que tarde tanto –insistió Arielle. –Lo digo en serio. Y no voy a dejarte sentada en el coche toda la noche. –Volveré al colegio hasta que deje de llover –decidió ella. Dormir en el sofá del despacho no le hacía mucha gracia, pero sería mucho mejor que aceptar la ayuda de aquel mentiroso.

–A ver, te lo voy a poner más claro –dijo Zach entonces–. O subes a mi coche y dejas que te lleve a casa o me quedaré aquí contigo hasta que venga la grúa.

–No puedes hacer eso.

Él se cruzó de brazos.

–¿No?

Su sonrisa y su gesto arrogante la pusieron de los nervios.

–Seguro que tienes cosas más interesantes que hacer.

–No, la verdad es que no.

–¿Entonces por qué no te inventas algo y me dejas en paz?

Empezaba a dolerle el estómago otra vez y deseó estar en su despacho para comer algo. Las náuseas matinales habían desaparecido unas semanas antes, pero aún se mareaba si tenía el estómago vacío.

Además, cuanto más tiempo estuviera con Zach más posibilidades habría de que descubriese el embarazo. Y aunque pensaba contárselo, no estaba preparada para hacerlo en ese momento. Aún estaba intentando lidiar con la sorpresa de volver a verlo.

–No pienso irme de aquí –insistió él.

–¿Por qué no? Que yo sepa, no tuviste ese problema hace cuatro meses –replicó Arielle, sin poder evitarlo.

La sonrisa de Zach desapareció entonces.

–Las circunstancias eran enteramente diferentes entonces. Y te aseguro que si no bajas de este coche y subes al mío te tomaré en brazos y te sacaré yo mismo.

Arielle sintió un escalofrío por la espalda. –¿Eso es una amenaza, señor Forsythe? –No, cariño. Es una promesa.

Capítulo Dos

Después de darle su dirección Arielle se pegó a la puerta del pasajero, agarrándose a las solapas de su impermeable como si fuera una manta de seguridad.

Y Zach se dio cuenta de que estaba muy pálida.

El enfado por su obstinación había sido rápidamente reemplazado por cierta inquietud. La mujer a la que había conocido en Aspen era vibrante, extrovertida y exudaba buena salud. Pero el comportamiento de Arielle, y su palidez, le daban razones para creer que estaba enferma.

–¿Te encuentras bien? –le preguntó.

–Sí, estoy bien.

–¿En serio? Pues yo te veo muy pálida.

Ella negó con la cabeza.

–Estaré mejor cuando haya comido algo.

Zach pensó en llevarla a su apartamento, despedirse y después marcharse de la ciudad como había pensado. Pero su conciencia le decía que no era lo correcto.

Arielle era nueva en la ciudad, no tenía familia allí y estaba seguro de que en el colegio sólo tenía conocidos. ¿Cómo podía decirle adiós si era evidente que estaba enferma?

De modo que, sin pensarlo dos veces, tomó la autopista. Podría no gustarle, pero necesitaba que alguien cuidase de ella hasta que se encontrase un poco mejor.

–¿Qué estás haciendo? Hemos pasado por delante de mi calle…

–Estás enferma y no creo que deba dejarte sola.

–Te he dicho que estoy bien. Da la vuelta ahora mismo…

–No –la interrumpió Zach, cambiando de carril–. Voy a llevarte a mi rancho a pasar el fin de semana.

–¿Qué? No pienso ir a ningún sitio contigo… –su voz sonaba un poco trémula y su pálido rostro empezaba a volverse de una tonalidad verde–. Lo único que necesito es comer algo… y estaré como nueva enseguida.

–Estupendo, mi ama de llaves, Mattie, te hará algo de comer –dijo él. Mattie, que los había cuidado desde que eran pequeños, había sido como una abuela para Lana y para él–. Sus remedios

caseros son tan efectivos como cualquier medicina.

–Pero mi apartamento está más cerca. Ya te he dicho que estoy bien y en cuanto… –Arielle se detuvo abruptamente–. Para el coche, Zach. ¡Para ahora mismo!

–¿Qué?

–Creo que… creo que voy a vomitar.

Zach giró el volante para detenerse en el arcén y corrió para abrirle la puerta. Una vez fuera, la sujetó por los hombros mientras vomitaba. Si antes no estaba seguro de su decisión, ahora sí lo estaba. Lo último que Arielle necesitaba era estar sola teniendo la gripe.

–Creo que… ya se me ha pasado –suspiró ella unos minutos después.

Después de ayudarla a subir al coche, Zach se colocó tras el volante y encendió la calefacción.

–Quítate el impermeable, está empapado. Seguro que te estás enfriando...

–Prefiero dejármelo puesto –lo interrumpió ella–. Por dentro está caliente.

¿Había visto un brillo de pánico en sus ojos? ¿Por qué demonios iba a tener miedo de quitarse el impermeable?

–No sé si es buena idea, cariño –murmuró Zach.

–Pero yo sí –insistió Arielle, cerrando los ojos y apoyando la cabeza en el respaldo del asiento–. ¿Te importa dejar de decirme lo que tengo que hacer y llevarme a mi apartamento?

–Lo siento, pero no puedo hacer eso –suspiró Zach–. Intenta descansar. Llegaremos al rancho antes de que te des cuenta.

–Esto podría considerarse un secuestro –replicó ella, pero su voz sonaba terriblemente cansada.

–Dudo mucho que lo sea cuando el secuestrador está intentado ayudar a la secuestrada –sonrió él, poniendo el intermitente para volver a entrar en la autopista–. Venga, intenta dormir un poco. Te despertaré cuando lleguemos al rancho.

***

Al sentir que alguien la tomaba en brazos, Arielle abrió los ojos.

–¿Qué estás haciendo, Zach?

Él sonrió, con una sonrisa que la hizo tragar saliva.

–No te encuentras bien y te estoy ayudando…

–Que no me encuentre bien no significa que no pueda bajar del

coche yo sola –protestó Arielle, desesperada por poner distancia entre ellos. ¿Y si notaba su abultado abdomen?

–Tienes que conservar las energías para luchar contra la gripe o lo que sea –dijo él, dejándola en el suelo–. No quiero que te desmayes y añadas una conmoción cerebral a tus otros problemas.

–¿Cuántas veces tengo que decírtelo? Lo único que necesito es comer algo y se me pasará. Zach sacudió la cabeza mientras la llevaba a la cocina.

–¿Mattie?

–Deja de gritar, Zachary, soy vieja pero no sorda –una mujer de pelo gris salió de la despensa en ese momento–. ¿Se me ha olvidado que venías con alguien este fin de semana?

–No te había avisado, pero Arielle está enferma. Ha vomitado por el camino. Yo creo que es la gripe, así que necesita tus cuidados.

–Yo no tengo…

–Calla, cariño –la interrumpió él–. Mattie Carnahan, te presento a Arielle Garnier. Necesita ropa seca, a ver si puedes encontrar algo de Lana.

Después la tomó por los hombros para llevarla a un dormitorio, pero cuando intentó quitarle el impermeable Arielle negó con la cabeza.

–No necesito tu ayuda.

–Pero tienes que quitarte el impermeable. Está empapado.

–Lo único que quiero de ti es que me dejes en paz. Te he dicho que sólo quiero algo de comer y que me lleves a casa. ¿Qué parte de eso no entiendes? ¿Y cómo puedo dejártelo bien claro?

Mientras se miraban el uno al otro como si fueran dos contrincantes Mattie entró en la habitación y dejó un chándal gris y unos gruesos calcetines de lana sobre la cama.

–Cariño, Zach puede ser testarudo como una mula cuando se le mete algo en la cabeza –suspiró, haciéndole un gesto para que saliese de la habitación–. Ve a sacar las cosas del coche. Yo tendré la cena en la mesa cuando hayas terminado.

Pero él no parecía muy contento.

–Eso puedo hacerlo más tarde. Quiero asegurarme de que Arielle…

–Vete –lo interrumpió la mujer.

Murmurando una maldición, por fin Zach se dio la vuelta.

–Si necesitas algo sólo tienes que decírmelo –sonrió Mattie, volviéndose para mirar a Arielle.

–Gracias. Y no tengo la gripe.

La mujer asintió mientras cerraba la puerta.

–Zachary lo hace con buena intención, pero no tiene ni idea de que estás embarazada, ¿verdad?

Arielle tragó saliva. ¿Cómo se había dado cuenta?

–No, la verdad es que no.

–¿De cuánto estás, hija?

–De tres meses y medio, pero ya se me empieza a notar un poco.

La mujer asintió con la cabeza.

–Me lo había imaginado al ver que no querías quitarte el impermeable. Por eso he traído este chándal tan amplio de Zachary en lugar de uno de su hermana. Tendrás que subir el bajo y las mangas, pero me ha parecido que necesitabas algo así.

–¿Y cómo lo ha sabido?

–Algunas mujeres tienen un brillo especial en la cara cuando están embarazadas –sonrió Mattie–. Además, Zachary ha dicho que has vomitado mientras veníais hacia aquí y tú insistías en comer algo… en fin, no ha sido difícil sumar dos y dos.

–Ya veo.

–Yo tenía que comer constantemente cuando estaba embarazada de mis hijos, por eso lo he sabido. Bueno, cámbiate de ropa y ven a la cocina, así podrás comer algo.

–Muchas gracias, Mattie. –Y luego me iré a casa para que Zachary y tú podáis hablar en privado. Cuando cerró la puerta tras ella, Arielle por fin se quitó el empapado impermeable y se dejó caer sobre la cama. Mattie no lo había dicho con tono de reproche, pero sospechada que intuía de quién era el niño. ¿Por qué si no querría dejarlos solos?

Mientras empezaba a quitarse la ropa mojada Arielle suspiró de nuevo. Aparentemente había llegado el momento de decirle a Zach que estaba embarazada y discutir el tema de la custodia y las visitas.

No le apetecía nada, pero casi era un alivio. Aparte de su cuñada Haley y su recién encontrada abuela, nadie, ni siquiera sus hermanos Jake y Luke, sabían que estaba esperando un hijo.

Y aunque quería a sus hermanos con todo su corazón, la idea de

hablarles de su embarazo la hacía desear salir corriendo. Ya no era la niña de diez años a la que habían criado desde la muerte de su madre, pero insistían en meterse en su vida a todas horas y decirle lo que debía o no debía hacer.

Aunque había aprendido a hacerles frente, en cuanto les diera la noticia empezarían a hacer planes para ella y para el niño. Incluso querrían convencerla para que se fuera a vivir más cerca de ellos.

Afortunadamente no tendrían oportunidad de hacer de hermanos mayores porque ahora que Zach la había encontrado Arielle pensaba lidiar con el asunto en sus propios términos. Y cuando se lo contase a Jake y Luke, seguramente ya habrían llegado a un acuerdo.

Después de ponerse el chándal y los gruesos calcetines, Arielle entró en la cocina. En teoría, su plan sonaba tan lógico que tenía que funcionar, pero algo le decía que si contarle a Zach que iba a ser padre salía tan mal como el resto del día lo mejor sería prepararse para serias complicaciones.

Cuando Zach entró en la cocina, Arielle estaba sentada a la mesa con un plato de carne con verduras y puré de patatas delante de ella.

–¿No deberías comer algo más ligero? –le preguntó, arrugando el ceño al verla comer una buena porción de carne–. Un caldo de pollo sería mucho mejor para la gripe.

Para estar sufriendo problemas de estómago parecía tener mucho apetito, pensó.

–Hablaremos de las razones por las que me he puesto enferma después de comer –dijo ella, tomando un trozo de pan–. Pero a lo mejor ahora me crees cuando digo que no tengo la gripe.

–Déjala en paz y come algo, Zachary –intervino Mattie–. La chica se pondrá bien enseguida.

–Si no tiene la gripe, ¿qué tiene? –preguntó él, con la impresión de que las dos mujeres le estaban escondiendo algo.

Mattie puso un plato frente a él.

–Me voy a casa antes de que me hunda en el barro. Si me necesitáis para algo espero que sea muy grave: alguien sangrando o la casa ardiendo.

–¿Sigue lloviendo mucho? –preguntó Arielle antes de meterse el tenedor en la boca.

Zach no podía creer que pareciese tan animada después de haberla visto vomitar. Cuanto más comía, menos enferma parecía.

–Se supone que va a seguir lloviendo así todo el fin de semana –dijo Mattie–. Y si es así, estaréis solos mañana y el domingo porque yo soy demasiado vieja como para salir de casa con un tiempo tan malo.

–No se preocupe por mí –respondió Arielle–. Yo no estaré aquí. Zach me va a llevar de vuelta a la ciudad después de cenar. Pero encantada de conocerla.

Cuando ninguno de los dos dijo nada, Arielle arrugó el ceño.

–¿Ocurre algo?

–¿Quieres decírselo tú o se lo digo yo? –suspiró Mattie.

–Lo haré yo –dijo Zach, dejándose caer sobre la silla.

–¿Qué tienes que decirme?

–Probablemente no podamos volver a Dallas hasta mediados de la semana que viene.

Arielle lo miró, incrédula.

–Lo dirás de broma, ¿no?

–Bueno, os dejo solos –dijo Mattie entonces, tomando su chaqueta del perchero–. Me voy a casa.

Cuando cerró la puerta, Arielle miró a Zach, esperando una explicación.

–Cuando llueve así, el río Trinity anega los tributarios y el arroyo que hay entre el rancho y la carretera se desborda. Estabas dormida mientras cruzábamos el puente, pero apenas hemos tenido tiempo. Ahora mismo seguro que estará cubierto por el agua…

–En otras palabras, que estamos atrapados aquí, ¿es eso? –Arielle hizo que sonara más como una acusación que como una pregunta.

–Podrías verlo como unas minivacaciones –sugirió él.

–Pero yo tengo que volver al colegio. Tengo cosas importantes que hacer.

–Lo entiendo… y yo también tengo cosas que hacer, pero la verdad es que no puedo llevarte de vuelta a Dallas en coche con este aguacero.

El apetito de Arielle desapareció de repente.

–¿Y no hay ninguna otra carretera?

–No, me temo que no. El arroyo convierte este rancho en una especie de península y cuando llueve de esta forma nos quedamos

aislados. –Pues entonces planeas las cosas fatal, ¿no te parece? –le espetó ella, levantando una ceja.

Riendo, Zach se encogió de hombros.

–Supongo que ahora puede parecerlo, sí, pero cuando mi bisabuelo vino aquí hace más de cien años no lo era. Entonces una fuente natural de agua era el mejor recurso para mantener un rancho. Además, estamos a cuatro kilómetros del arroyo y hay un par de cientos de acres de terreno entre nosotros y el agua. No temas, no nos vamos a ahogar.

–Pero tú sabías que esto iba a pasar cuando me trajiste aquí –replicó ella, furiosa–. ¿Por qué, Zach? ¿Por qué lo has hecho cuando sabías que yo quería irme a casa?

–Estabas enferma y necesitabas que alguien cuidase de ti. Y como sé que tu familia no vive en Dallas, yo era lo único que tenías a mano.

Arielle sacudió la cabeza.

–Eres increíble. Si hubiera estado enferma de verdad lo más lógico habría sido llevarme a mi apartamento, que está cerca del colegio y del hospital… además, nada de esto es necesario porque no estoy enferma.

En realidad, Zach no estaba seguro de por qué la había llevado al rancho. Tal vez había sido una manera de compensarla por lo que pasó en Aspen. Pero fuera cual fuera la razón, cuando vio que necesitaba ayuda sencillamente no había sido capaz de marcharse.

–Si no estás enferma ¿por qué estabas pálida como un fantasma? ¿Y por qué has vomitado?

Arielle respiró profundamente, como si estuviera a punto de hacer un anuncio importante.

–¿Sabes por qué me pongo enferma si tengo el estómago vacío?

De repente, Zach empezó a sentir que se le erizaba el vello de la nuca. Tenía la impresión de que iba a descubrir algo para lo que no estaba preparado.

–No.

–Porque eso es lo que le pasa a algunas mujeres cuando están embarazadas –dijo Arielle entonces, con tono desafiante.

Zach se quedó en silencio, intentando procesar lo que acababa de escuchar.

–¿Estás embarazada?

–Sí.

–¿De cuánto tiempo? –le preguntó, con el corazón latiendo a toda velocidad.

–De tres meses y medio –contestó Arielle, mirándolo a los ojos.

Zach miró inmediatamente el jersey del chándal que llevaba, pero le quedaba tan grande que era imposible saber…

Incapaz de permanecer sentado, se levantó y empezó a pasear por la cocina. No había que ser un genio para saber que el niño que esperaba era, casi con toda seguridad, hijo suyo.

–Y antes de que lo preguntes, sí, el niño es tuyo –dijo Arielle entonces, confirmando sus sospechas.

A Zach se le hizo un nudo en el estómago al recordar a otra mujer que una vez había esperado un hijo suyo.

–Pero usamos preservativos. –Sí, pero uno de ellos se rompió –le recordó ella.

Zach había imaginado que las posibilidades de dejarla embarazada por una sola vez eran remotas. Aparentemente, estaba equivocado.

–Sí, es verdad, lo recuerdo. ¿Pero por qué no me lo habías contado antes? –le preguntó. Ahora entendía que hubiera insistido tanto en que la llevara a casa o que no hubiera querido quitarse el impermeable. Estaba intentando ocultarle el embarazo. Tal vez ni siquiera quería que lo supiera–. ¿Crees que no tengo derecho a saberlo?

–No, no, no me vengas con ésas –dijo ella entonces–. No te permito que te hagas la víctima. Tú me mentiste sobre tu identidad y hasta esta mañana, cuando apareciste de repente en mi despacho y me dijiste tu verdadero nombre, yo pensaba que iba a tener un hijo con un hombre llamado Tom Zacharias –Arielle se levantó e iba a salir de la cocina cuando se lo pensó mejor–. Y para tu información, estuve buscando a ese hombre que no existe para contárselo y, naturalmente, no pude encontrarlo –luego tuvo que girar la cara para ocultar las lágrimas–. Cuando mis esfuerzos no sirvieron para nada… no te puedes imaginar… me sentí como una tonta y lo pasé fatal. Así que no te hagas la víctima.

Zach se quedó donde estaba, inmóvil, mucho después de verla salir de la cocina y correr a su habitación. Atónito, no podía creer cómo había cambiado su vida en las últimas doce horas.

Cuando fue al colegio por la mañana no tenía en mente nada más que hablar de su travieso sobrino con Helen Montrose y luego

volver a la oficina para repasar los contratos y los planos de su nuevo hotel. Pero, aparte de descubrir que la señora Montrose ya no era la propietaria del colegio, la única mujer con la que había sentido la tentación de tener una aventura desde su aciago compromiso había reaparecido en su vida… y estaba embarazada.

La idea de que iba a ser padre hacía que experimentase un millón de sentimientos mezclados. De no haber sido por su ex prometida podría sentirse feliz por el niño que esperaba Arielle. Pero gracias a Gretchen Hayden y sus mentiras, no podía quitarse de encima una terrible aprensión.

Cinco años antes había creído tenerlo todo: un negocio próspero, una novia encantadora y un hijo en camino. Pero todo eso había cambiado cuando Gretchen decidió que la maternidad estropearía su figura y limitaría sus opciones si aparecía algo mejor en el horizonte que ser la esposa del propietario de un hotel.

Zach tuvo que respirar profundamente para borrar los amargos recuerdos del día que descubrió que su prometida había interrumpido voluntariamente el embarazo.

Debería concentrarse ahora en Arielle y en proteger al niño que habían creado juntos, pensó. Y esta vez el resultado iba a ser diferente del que había sido cinco años antes. Esta vez no iba a confiar en que Arielle quisiera a ese niño; él mismo se encargaría de protegerlo.

Gran parte de su rabia desapareció al pensar que Arielle había intentado encontrarlo para contarle lo del niño y lo dolida que se sintió al no poder hacerlo. Pero no toda la rabia.

Él siempre se registraba en sus hoteles con un nombre falso. Era la única manera de comprobar la calidad y el servicio que ofrecían a diario. Además, era una práctica común que los hoteles no dieran información sobre la identidad de sus clientes. Si alguno de sus empleados hubiera roto el protocolo dándole a Arielle la información que pedía, en cualquier caso no le habría servido de nada.

Pero eso no explicaba que no le hubiera hablado del embarazo cuando se vieron esa mañana. Y también había tenido oportunidad de decírselo durante el viaje al rancho…

Zach tiró a la basura la comida que había sobrado y metió los platos en el lavavajillas. Le daría tiempo para que se calmase un poco, pero luego quería respuestas. Y no pensaba irse a la cama sin ellas.

Con sus emociones bajo control una vez más, Arielle se secó las lágrimas y se sentó al borde de la cama para mirar alrededor. La habitación estaba decorada en tonos melocotón y blanco roto. En cualquier otra ocasión le hubiese encantado porque era preciosa, pero en aquel momento le parecía una prisión, por bonita que fuera.

Estaba aislada en un rancho remoto con el hombre que le había mentido sobre su identidad y la había abandonado sin decir una palabra. El hombre que le había roto el corazón y la había dejado embarazada. Y por si eso no fuera suficiente, Zach la culpaba a ella por no hablarle antes del embarazo.

–Esto es irreal –murmuró.

Pero lo más increíble era que su vida empezase a ser paralela a la de su madre. Francesca Garnier se había enamorado de un hombre que la dejó embarazada de gemelos y desapareció de su vida. Luego, diez años después, el hombre había vuelto a aparecer brevemente para retomar el romance, dejándola embarazada de nuevo. Pero volvió a desaparecer antes de que ella naciese. Y cuando Arielle y sus hermanos conocieron a su abuela paterna unos meses antes descubrieron que su padre había asumido una identidad falsa.

En lugar de Neil Owens, el artista que decía ser, su padre era el famoso play boy Owen Larson, el único hijo de Emerald Larson, una de las mujeres más ricas del país. Durante los diez años que habían estado separados, Owen Larson había tenido otros tres hijos, todos chicos y cada uno de una mujer diferente.

Era tan extraño, tan absurdo, que ni ella podía creerlo. Pero cuando Emerald Larson se puso en contacto con ellos, Arielle, Luke y Jake habían encontrado tres hermanos más. Y Emerald había recibido a los Garnier como parte de su familia, dándole a cada uno un fideicomiso multimillonario y una de las muchas empresas del imperio Emerald, S.A.

De modo que ella se había convertido en la nueva propietaria del colegio Premier y se había ido a vivir a Dallas.

Pero nada de eso tenía importancia. Lo que era extremadamente desconcertante era que, como su madre, Arielle se había enamorado de un hombre al que había creído sincero. Y que, como su padre, Zach había mentido sobre su identidad para evitar que lo encontrase.

Arielle sacudió la cabeza para apartar de sí tan turbadores pensamientos. Tenía que intentar olvidar lo que no podía cambiar y solucionar el problema. A pesar de la tensión y los nervios que había experimentado, o porque no había terminado de cenar, el apetito había vuelto con fuerza.

Desgraciadamente, si volvía a la cocina se encontraría con Zach y, aunque tenían muchas cosas que discutir y decidir, todavía no estaba preparada para volver a verlo. Además, el día había sido muy estresante.

Sin embargo, su estómago no dejaba de protestar y si esperaba mucho más volvería a ponerse enferma.

Suspirando, se levantó de la cama, abrió la puerta y… se encontró de cara con Zach.

–Ah… perdona, no sabía que estuvieras ahí.

Él puso las manos sobre sus hombros y Arielle notó que miraba su abdomen.

–¿Estás bien?

Aunque el roce de sus manos y el timbre de su voz la hicieron sentir un escalofrío, se obligó a sí misma a disimular.

–Necesito comer algo.

–Sí, seguramente no sería mala idea –suspiró él, soltándola. Arielle se daba cuenta de que también Zach estaba incómodo con la situación–. Ninguno de los dos ha terminado de cenar.

Se miraban como buscando algo que decir cuando el estómago de Arielle volvió a protestar.

–Será mejor que coma algo lo antes posible o lo lamentaré.

–Sí, claro –asintió él.

Cuando entraron en la cocina, Zach abrió la nevera.

–¿Quieres un bocadillo o prefieres otra cosa?

–Un bocadillo y un vaso de leche serán suficiente –dijo Arielle, intentando no pensar en lo guapo que era.

Se había puesto unos vaqueros gastados y una camiseta negra que destacaba los bien definidos músculos de su torso. Era, sin ninguna duda, el hombre más guapo que había visto nunca. Lo había pensado en Aspen y lo pensaba ahora. Pero pensar eso era lo que la había llevado a la cama y a la situación en la que se encontraba en aquel momento. Debería recordarlo y concentrarse en la conversación sobre el niño y sobre el papel que Zach quería hacer como padre.

–Si me dices dónde están los vasos yo misma serviré la leche –

sugirió, apartando la mirada de sus bíceps mientras sacaba el cartón de la nevera.

–Yo me encargo de eso, no te preocupes. ¿Por qué no cortas el pan y buscas una bolsa de patatas fritas o algo así?

Mientras él servía dos vasos de leche, Arielle sacó el pan y una bolsa de patatas de la despensa. Pero cuando todo estaba en la mesa tenía los nervios de punta. Los dos estaban siendo amables y educados, pero la tensión podía cortarse con un cuchillo.

–Esto tiene que terminar –le dijo.

Afortunadamente, él no se molestó en fingir que no sabía a qué se refería.

–No quiero disgustarte más de lo que ya lo he hecho, pero me apuesto lo que quieras a que la conversación va a ser tensa como mínimo.

–Sí, claro –asintió ella, sacando una bolsa de pavo en lonchas–. Pero esperar no va a solucionar nada. ¿Por dónde quieres que empiece?

–Iremos a mi estudio cuando terminemos de comer. No creo que sea buena idea interrumpir otra vez la cena, ¿no te parece?

–Probablemente no –asintió ella.

Los dos permanecieron callados mientras comían, pero mientras limpiaban la mesa Arielle estaba impaciente por tener esa conversación. En realidad sería un alivio quitárselo de encima.

Zach era un hombre de negocios, como sus hermanos, y no tenía la menor duda de que empezaría a exigir y decirle lo que esperaba de ella. Pero gracias a que había tenido que lidiar con Luke y Jake desde que era pequeña sabía defenderse a sí misma y había decidido lo que estaba dispuesta a conceder y lo que quería a cambio. Y cuanto antes lo supiera Zach, mejor.

Unos minutos después estaban en el estudio y Arielle miró alrededor antes de sentarse en un sillón de cuero frente a la chimenea. No iba a sentarse en la silla del escritorio como si fuera una empleada hablando con su jefe.

–¿Cómo va el embarazo por el momento? –le preguntó Zach, apoyándose en la repisa de la chimenea–. ¿Has tenido estos problemas a menudo?

–No, la verdad es que no –Arielle se encogió de hombros–. Aparte de un par de semanas con náuseas matinales, todo está yendo muy bien.

–Mientras comas a menudo.

–Eso es.

Cuando descubrió que estaba embarazada había esperado que Tom Zacharias, el hombre que le había hecho el amor con tanta ternura, se mostraría si no feliz al menos interesado por su hijo. Y, aparentemente, Zach estaba interesado. Pero no podía olvidar que le había mentido. Confiar en él sería una ingenuidad por su parte.

–¿Cuándo sabrás el sexo del niño?

–No lo sé. El lunes tenía que hacerme una ecografía pero no sé si podrá decirme el sexo tan pronto. Además, ahora tendré que cancelar la cita.

–No, no habrá que cancelar nada. Llamaré a mi piloto para que venga con el helicóptero desde Dallas.

–¿Pero no habías dicho que estábamos atrapados aquí hasta que dejase de llover?

–Te he dicho que no podíamos volver en coche a Dallas, pero nunca he dicho que estuviéramos atrapados. Además, eso fue antes de saber que tenías una cita con tu ginecólogo –sonrió Zach–. No te preocupes, iré contigo a esa cita y a todas las demás hasta que tengas el niño.

Arielle hizo una mueca de sorpresa.

–¿Por qué?

–¿Creías que no me iba a interesar por el niño? –había un cierto tono de desafío en su voz.

–Si quieres que te diga la verdad, no sabía si estarías interesado o no –contesto Arielle–. El hombre al que creía conocer ni siquiera existe.

El brillo en los ojos verdes de Zach la dejó sin aliento.

–Cariño, la única diferencia entre Tom Zacharias y yo es el nombre.

–¿En serio? –lo retó ella, ignorando el calor que evocaba ese recuerdo y concentrándose en la desilusión que se llevó después–. ¿Normalmente utilizas a las mujeres para luego dejarlas sin decir adiós?

–No, no fue eso lo que pasó –replicó él, sacudiendo la cabeza–. Esa mañana tuve que volver a Dallas…

–La verdad, no me interesa –lo interrumpió Arielle.

Ella tenía su orgullo y no le apetecía escuchar que se había marchado porque estaba aburrido o que lo que había entre ellos iba demasiado deprisa y había querido evitar una escena desagradable.

–De lo único que debemos hablar es de qué va a pasar ahora.

Soy perfectamente capaz de cuidar del niño, así que ni quiero ni necesito ayuda económica por tu parte. Lo que quiero es saber si vas a asumir alguna responsabilidad. Si querrás visitarlo cada dos fines de semana, una vez al mes o nunca.

Zach dio uno paso hacia ella.

–Quiero estar totalmente involucrado en la vida de mi hijo, Arielle. Y en cuanto a la custodia, los derechos de visita y la pensión económica, no hay necesidad de firmar ningún acuerdo.

–¿Qué quieres decir? –preguntó Arielle.

–Yo creo que está claro.

–¿Quieres la custodia del niño?

No esperaría que se la diese, ¿verdad? Porque si era así iba a encontrarse con una batalla legal inesperada.

Zach la miró desde arriba como solían hacer sus hermanos cuando querían regañarla por algo.

–No estoy diciendo que quiera la custodia, Arielle. Pero pasar tiempo con el niño no será un problema porque en cuanto volvamos a Dallas vamos a casarnos.

Capítulo Tres

Zach vio que Arielle abría y cerraba la boca varias veces antes de decir:

–No puedes hablar en serio.

Si alguna vez una mujer había parecido un cervatillo cegado por los faros de un coche, era Arielle. Estupendo. Ahora que le estaba prestando atención, tal vez empezaría a escucharlo.

–Lo digo absolutamente en serio –Zach se cruzó de brazos, mirando a la mujer a la que tenía intención de convertir en su esposa–. Yo no bromeo sobre cosas tan importantes como pasar por el altar, cariño. Te dije esta mañana que no tendría un hijo sin estar casado y lo decía en serio.

Ella lo miró con un brillo de furia en los ojos.

–Y como yo te he dicho esta mañana, no hace falta estar casado para tener un hijo.

–Es posible que eso le convenga a algunos, pero a mí no. Yo creo que cuando un hombre deja embarazada a una mujer su obligación es casarse con ella. De modo que nos casaremos lo antes posible.

–No, de eso nada –Arielle se levantó para clavar un dedo en su pecho–. Deja que te diga una cosa: vas a tener que acostumbrarte a la idea de ser padre soltero porque no me casaría contigo aunque me lo pidieras de rodillas.

Zach no estaba acostumbrado a que nadie lo desafiase abiertamente, al menos en el mundo de los negocios. Y si alguien tenía el coraje de contradecirlo se encontraría en medio de una batalla de ingenios que casi con toda seguridad iba a perder. Pero, por razones que no podía entender, el desafío de Arielle le parecía estimulante.

Tal vez por la considerable diferencia en estatura. Con un metro noventa y tres le sacaba dos cabezas, pero eso no parecía intimidarla en absoluto. O podría ser que nunca una mujer embarazada se había plantado delante de él para clavar un amenazador dedo en su pecho. En cualquier caso, Zach tuvo que hacer un esfuerzo para no sonreír. Su matrimonio no iba a ser nada aburrido.

–Eso nunca se sabe, cariño.

–Te lo digo ahora mismo: no me voy a casar contigo –insistió Arielle–. Estar casado no es un requisito para tener un hijo. Pero podemos llegar a un acuerdo para que participes en la vida del niño, así que deberías empezar a pensar en eso y dejar de insistir en un matrimonio que no va a tener lugar.

Zach la tomó por los hombros.

–Lo primero, cálmate. Enfadarte así no puede ser bueno para el niño. Y segundo, sí vamos a casarnos, así que sugiero que te acostumbres a la idea lo antes posible y empieces a pensar qué vas a ponerte para la ceremonia y si quieres invitar a tus hermanos.

–¿Qué?

–Estoy dispuesto a esperar hasta el fin de semana que viene si quieres contar con ellos, pero nada más.

Antes de que Arielle pudiera protestar, Zach inclinó la cabeza para silenciarla con un beso. Y en cuanto probó sus labios los recuerdos de lo que habían compartido en Aspen volvieron con más fuerza que nunca. Desde el momento que la vio esa mañana se había preguntado si sus preciosos labios seguirían siendo tan suaves, si su respuesta sería tan apasionada como lo había sido entonces.

Al principio ella se quedó inmóvil, pero Zach sintió que parte de la tensión desaparecía y aprovechó la oportunidad para incrementar la presión. Afortunadamente, por fin Arielle dejó escapar un suspiro mientras se abrazaba a su cintura.

Esa señal lo animó a explorar su boca con una pasión que inmediatamente lo hizo recordar que habían pasado varios meses desde la última vez que la besó y le hizo el amor. El juego de sus lenguas lo excitaba como nunca y su corazón se lanzó al galope.

Incapaz de resistirse, deslizó las manos por sus costados y las metió bajo el chándal para rozar sus pechos. Se dio cuenta entonces de que no llevaba sujetador y, sin dudarlo un momento, empezó a acariciar sus pechos. Parecían más grandes que antes, seguramente debido al embarazo, y cuando las caricias hicieron endurecer sus pezones, el gemido de placer de Arielle le indicó que también eran más sensibles.

Pero cuando, enardecido, se apretó contra ella el ligero abultamiento del abdomen le recordó su situación. Arielle había dicho que quería ese niño, pero él había oído eso mismo de otra mujer antes de que interrumpiera el embarazo voluntariamente...

Y, de repente, necesitaba poner distancia entre ellos, de modo que se apartó.

Se daba cuenta de que Arielle estaba tan trémula como él, pero si la vida le había enseñado algo era a no dejar que su juicio se viese nublado por el deseo. Además, tenían suficientes cosas que solucionar en ese momento sin añadir otra complicación.

–¿Por qué has hecho eso? –le preguntó Arielle, sin aliento.

Tenía las mejillas rojas y Zach no sabía si el color era debido a la pasión del beso o a la vergüenza por su propia respuesta. Seguramente una mezcla de las dos cosas, decidió, mientras se miraban el uno al otro.

–Besarte era la única manera de evitar que siguieras discutiendo conmigo. Arielle se pasó el dorso de la mano por los labios, como intentando borrar el beso.

–Pues no vuelvas a hacerlo.

–Antes te gustaba –le recordó él, metiendo las manos en los bolsillos del pantalón… más para no volver a tocarla que por otra cosa.

–Eso fue antes de saber que eras un mentiroso –replicó Arielle.

Y si las miradas matasen, en aquel momento sería un cadáver.

–¿A qué hora es la cita para la ecografía?

–El lunes a las tres. ¿Por qué?

–Le pediré al piloto que venga a buscarnos a primera hora –dijo Zach, calculando el tiempo que tardarían en llegar a Dallas–. Tengo ropa aquí, pero si salimos temprano podrás pasar por tu casa para cambiarte.

Ella negó con la cabeza.

–Seguro que tienes más hoteles que construir o alguna empresa que necesite toda tu atención. No tienes que acompañarme, puedo ir sola.

Sí, tenía que acompañarla. Pero no iba a decirle que se sentía en la obligación de proteger a su hijo. Aunque Arielle no le había dado razón alguna para que estuviese preocupado.

–Ajustar mi agenda para el lunes no será ningún problema –Zach se encogió de hombros–. Ya contaba con pasar unos días aquí por la riada. Además, eso es lo bueno de ser el jefe, que uno puede hacer lo que quiera cuando quiera y nadie se atreve a decir una palabra.

–A ver si te lo explico mejor, Zach –dio Arielle entonces,

apretando los puños–. No quiero que vayas al médico conmigo.

–¿Por qué no? ¿Antes has dicho que estuviste semanas buscándome y ahora me dices que no quieres saber nada de mí?

–Te busqué porque pensé que querrías saber que ibas a tener un hijo –le explicó ella–. No porque quisiera que fueses conmigo al médico ni que te casaras conmigo.

–Pues es una pena, cariño, porque pienso ir de todas formas y tú no podrás evitarlo –Zach sonrió–. Y también pienso casarme contigo.

–No entiendo por qué te estás poniendo tan pesado. Es absurdo.

–Yo podría decir lo mismo.

Arielle cerró los ojos un momento, como si estuviera intentando controlarse para no darle un puñetazo.

–Prometo contarte todo lo que me diga el médico. Incluso te haré una copia de la ecografía.

–Estoy seguro de que lo harías –dijo Zach. Le gustaría creer que Arielle sería totalmente sincera con él, pero no podía estar seguro al cien por cien. Después de todo, había confiado en su antigua prometida y eso había terminado en tragedia–. Pero yo prefiero involucrarme personalmente en las cosas. No me gusta la información de segunda mano y quiero escuchar por mí mismo lo que ese hombre…

–Mujer, mi ginecólogo es una mujer.

–Muy bien, pues quiero oírlo de labios de esa mujer –insistió él–. Soy el padre y tengo derecho a saber lo que está pasando. Y saber también si es un niño o una niña al mismo tiempo que tú.

Arielle sacudió la cabeza, irritada por su testarudez.

–No he dicho que no tengas derecho. ¿Pero se te ha ocurrido pensar que yo podría sentirme incómoda?

Ésa fue una revelación inesperada y, sin poder evitarlo, Zach alargó una mano para acariciar su cuello.

–¿Por qué? No es como si no conociera tu cuerpo…

–Eso fue hace meses –lo interrumpió ella, apartándose–. Y muchas cosas han cambiado desde entonces.

–¿Por ejemplo? Seguimos siendo las mismas persona que pasaron una semana juntos.

Arielle sintió que le ardían las mejillas de nuevo.

–No me refería a eso.

–¿Entonces a qué te referías?

–Desde que desperté sola y me di cuenta de que no significaba

absolutamente nada para ti sencillamente no me apetece estar contigo. Y tampoco necesito saber por qué te marchaste.

Zach lamentaba mucho haberle hecho daño, pero eso era algo que no podía cambiar.

–Siento lo que pasó, de verdad. Y siento que estés dolida conmigo, pero eso es algo que va a tener que cambiar y rápido –Zach levantó su barbilla con un dedo para que lo mirase a los ojos–. Una vez que nos casemos estaremos juntos todo el tiempo. Vamos a vivir juntos, iremos juntos al ginecólogo… compartiremos cama.

Zach notó que Arielle contenía un gemido, pero un segundo después dio un paso atrás.

–No, de eso nada. No nos vamos a casar y será mejor que vayas acostumbrándote a la idea.

Cuando Arielle salió de la habitación, Zach respiró profundamente. Sí iba a pasar. Estarían casados en cuanto hubiera solucionado el papeleo. Cuando quería algo hacía lo que tuviese que hacer para conseguirlo y aquello no iba a ser diferente, de modo que Arielle tendría que acostumbrarse.

Por lo que le había dicho, y por su forma de actuar, estaba feliz esperando la llegada de su hijo. Pero no iba a confiar en ella del todo y por eso pensaba convertirla en la señora de Zach Forsythe; para asegurarse el derecho de controlar todo lo que pasara durante el resto del embarazo.

Dejando a un lado el libro que estaba leyendo, Arielle se colocó en una posición más cómoda sobre el asiento de la ventana para mirar la lluvia cayendo sobre los árboles. Había evitado a Zach en el desayuno levantándose al amanecer y llevando un café y un par de magdalenas a su habitación, pero no era tan ingenua como para pensar que podría hacer lo mismo en la comida.

De hecho, le sorprendió que no fuera a buscarla cuando permaneció en la habitación toda la mañana.

Suspirando pesadamente, se llevó una mano al abdomen. Podía entender el deseo de Zach de formar parte de la vida de su hijo, pero él no tenía por qué estar incluido en el paquete. Podrían encontrar una solución que fuese aceptable para los dos sin tener que casarse.

Cuando por fin se casara lo quería todo: un hogar, una familia y un marido que la quisiera. No el matrimonio sin amor que él le

proponía.

Perdida en sus pensamientos, se levantó de un salto al oír un golpecito en la puerta. Pero antes de que pudiese abrir, Zach entró en la habitación.

–¿Estás bien?

–Claro que estoy bien –dijo Arielle. Al menos lo estaba antes de verlo.

Si por la noche le había parecido guapo, en aquel momento le parecía de escándalo. Zach Forsythe no era sólo atractivo, era increíblemente apuesto.

Los vaqueros que llevaba aquella mañana estaban muy gastados y eran de tiro bajo, por debajo de las caderas. Y no se había molestado en abrocharse la camisa de cuadros, ofreciéndole una muy atractiva panorámica de su torso y sus abdominales.

Al recordar la calidez de ese torso mientras hacían el amor se le encogió el corazón y, de repente, le costaba trabajo respirar.

–¿Seguro que estás bien? –insistió él, arrugando el ceño.

–Sí, sí, estoy bien –murmuró Arielle. Pero cuando iba a levantarse del asiento tuvo que apoyarse en él, mareada de repente.

–Quédate donde estás. Yo sé lo difícil que era para mi hermana encontrar una postura en la que estuviese cómoda, incluso durante los primeros meses de embarazo.

–Una profesora del colegio me ha dicho que estar cómoda se convertirá en un serio problema dentro de poco.

Zach se sentó a su lado y colocó las piernas de Arielle sobre sus rodillas.

–A Lana se le hinchaban las piernas y los pies –murmuró, dándole un masaje en los tobillos–. ¿Te sientes mejor ahora?

Podría mentirle, ¿pero de qué serviría?

–Sí, en realidad es un alivio –admitió, cerrando los ojos.

–¿Has tenido problemas musculares?

–No muchos –suspiró Arielle. Nunca habría imaginado que un masaje en los tobillos pudiera ser tan relajante–. A veces me han dado tirones en las piernas mientras dormía, pero nada más.

Zach metió una mano por la pernera del chándal y empezó a masajear su pantorrilla. –¿Cómo se han tomado tus hermanos la noticia del embarazo?

–Aún no se lo he contado.

–¿Por qué no? –preguntó él–. Tenía la impresión de que os

llevabais muy bien. –Y nos llevamos muy bien –dijo Arielle. Aunque el roce de sus manos hacía difícil pensar–. Pero estoy segura de que no les alegrarán las decisiones que he tomado últimamente.

Zach se quedó inmóvil.

–No querrían que interrumpieras el embarazo, ¿verdad?

–No, no es eso. Al contrario, los dos se volverán locos con su sobrino.

–¿Entonces cuál es el problema?

–Que seguramente querrían que me fuese a vivir con ellos –suspiró Arielle–. Y aunque los adoro a los dos prefiero comerme un bicho peludo antes que hacer eso.

Zach soltó una carcajada.

–Veo que sigues expresándote con total claridad.

El sonido de su risa, tan masculina, la hizo sentir un escalofrío. Su sentido del humor era una de las muchas cosas que le habían parecido irresistibles de Tom Zacharias.

–Bueno, es la verdad –le dijo, encogiéndose de hombros–. Luke querría que me fuese a vivir con él y su nueva esposa, Haley, a Nashvillle. Y Jake insistiría en que me fuera con él a Los Ángeles.

–En otras palabras, ¿tendrías que elegir entre los dos?

–No exactamente. Cualquiera de los dos estaría contento de que me fuese con el otro –Arielle intentaba concentrarse en lo que estaba diciendo, pero Zach había vuelto a masajear su pierna y la concentración era imposible–. Para empezar, Luke y Haley sólo llevan casados un par de meses y necesitan estar solos. Además, están esperando un hijo y no creo que mi hermano pudiera sobrevivir con dos mujeres embarazadas en la casa.

–Oh, no, no –Zach fingió un escalofrío–. Una mujer con cambios hormonales es más que suficiente. Dos harían que cualquier hombre saliera corriendo despavorido. Mi hermana vivió conmigo durante un tiempo cuando estaba embarazada porque le estaban pintando el apartamento… y nunca sabía si iba a encontrarla enfadada, disgustada, llorando o muerta de risa. Era como vivir con el doctor Jekyll y mister Hyde.
–¿Tu hermana es soltera? Si su hermana podía ser madre soltera, ¿por qué insistía Zach tanto en que tenían que casarse?

–Lana quería tener un hijo, pero después de varias relaciones fracasadas decidió hacerse una inseminación artificial –contestó

él–. Y antes de que preguntes, intenté convencerla para que no lo hiciera, pero no sirvió de nada. De modo que al final apoyé su decisión y la ayudo con Derek siempre que me necesita.

–Jake y Luke harán lo mismo conmigo.

–No tendrán por qué, yo estaré contigo todo el tiempo –dijo Zach–. ¿Por qué no se te ocurrió irte a vivir a Los Ángeles, con tu otro hermano?

–Jake es un chico estupendo y lo quiero con todo mi corazón, pero vivir con él me volvería loca –suspiró Arielle–. Además, yo llevo una vida muy tranquila y no podría soportar sus doscientas mil novias. A Jake no le duran las novias más que un par de semanas.

–Eso podría ser un problema.

–Desde luego. Además, los dos siguen viéndome como una niña.

–A mí me pasa lo mismo con mi hermana.

Arielle suspiró.

–Pues entonces tu hermana tiene todas mis simpatías.

–¿Por qué decidiste mudarte a Texas?

Mirando sus interrogantes ojos verdes, Arielle se preguntó hasta dónde debía contarle. Ella siempre era muy cauta en cuanto a desvelar su relación con Emerald Larson. ¿Quién podría creer que había pasado de profesora de primaria a heredera con una increíble cuenta corriente y un negocio propio? Además, nunca hablaba de sus asuntos económicos con nadie más que sus hermanos.

–Se me ofreció la oportunidad de comprar el colegio y me pareció perfecta –dijo por fin–. Y el colegio Premier estaba en Dallas.

Zach parecía a punto de hacer otra pregunta, pero afortunadamente su estómago empezó a hacer ruidos, recordándoles a los dos que era la hora de comer.

–Será mejor que comamos algo antes de que vuelvas a marearte –sonrió, levantándose para ofrecerle su mano–. ¿Qué te apetece, pasta o hamburguesas?

–¿Vas a cocinar tú?

–No se me da mal –contestó él–. Y Mattie ha dejado la nevera llena.

–¿Por qué no tomamos algo ligero? –sugirió Arielle–. Un bocadillo, por ejemplo.

–Necesitas algo rápido, ¿eh?

–Tengo tanto hambre que me comería la pata de una mesa –rió Arielle.

–Mi cocinera estará encantada contigo –dijo Zach, mientras sacaba pavo y queso de la nevera–. Nada le hace más feliz que dar de comer a la gente.

Arielle, que estaba cortando el pan, se detuvo.

–A mí no tendrá que darme de comer.

–Claro que sí. Una vez que estemos casados vivirás en mi casa, ¿no te acuerdas?

Ella negó con la cabeza.

–Eso no va a pasar nunca. ¿No te acuerdas?

La risa masculina hizo que el corazón de Arie
lle diese un vuelco. –Como te dije anoche: nunca digas nunca,
cariño.

Capítulo Cuatro

El lunes por la tarde, Zach estaba sentado al lado de Arielle en la consulta del ginecólogo, ojeando una revista. No estaba ni remotamente interesado en ver fotografías de vestidos premamá, pero como Arielle no le dirigía la palabra desde que el helicóptero los llevó a Dallas, al menos así se entretenía en algo.

Durante el fin de semana parecían haber llegado a una especie de tregua y, en lugar de discutir sobre su futuro matrimonio, habían dejado de hablar completamente. Pero Zach tenía la intención de convertirla en su mujer y nada lo haría cambiar de opinión.

–¿Arielle Garnier? –la llamó una enfermera.

–Es tu turno, cariño –Zach se levantó y le ofreció su mano.

–Es mi turno, no el tuyo –dijo ella–. Y prefiero que te quedes aquí.

–Eso ya lo has dejado claro, pero yo he dejado claro que voy a ir contigo –sin dejar de sonreír, Zach puso una mano en su espalda y la empujó suavemente hacia la consulta.

La expresión de Arielle decía que iba a decirle lo que pensaba de su actitud en cuanto salieran de allí, pero si creía que así iba a intimidarlo estaba muy equivocada.

Nada evitaría que viera las primeras imágenes de su hijo.

La enfermera los acompañó hasta una sala donde pesó a Arielle y le tomó la tensión.

–La doctora vendrá enseguida. Si quiere, puede pedirle al papá que la ayude a subir a la camilla. Y luego súbase la blusa y bájese el pantalón por debajo del ombligo.

Cuando la mujer cerró la puerta tras ella Zach experimentó una sensación extraña. Aunque no había pensado en otra cosa desde que Arielle le dijo que estaba embarazada, que la enfermera lo llamase «papá» lo convirtió de repente en una realidad.

–Por última vez, preferiría que me viese la ginecóloga a solas –protestó Arielle.

–No te preocupes, imagino que te da un poco de vergüenza enseñar la tripita ahora mismo, pero estás embarazada así que es normal que hayas engordado un poco. Además, no voy a ver nada

que no haya visto ya –Zach sonrió mientras le daba un beso en la nariz.

Arielle lo fulminó con la mirada antes de dejar que la ayudase a subir a la camilla.

–¿No te ha dicho la enfermera que te bajases el pantalón? –preguntó él, alargando una mano hacia la cremallera.

Pero, para su sorpresa, ella le dio un manotazo.

–Esperaré hasta que entre la ginecóloga.

–Muy bien.

La doctora entró unos segundos después y cerró la puerta tras ella.

–Mi enfermera me dice que has venido con el padre del niño, Arielle. Buenas tardes, soy la doctora Jensen.

–Zach Forsythe –se presentó él.

–Encantada de conocerte, Zach –sonrió la mujer, volviéndose para mirar a Arielle–. Bueno, veo que has engordado un poco desde la última vez que te vi.

–Sí, un poco.

La mujer sacó un instrumento que parecía un micrófono y un frasco de gel.

–Si alguno de los dos tiene alguna pregunta sobre el procedimiento, no dudéis en hacerla. Me gusta que el padre esté tan involucrado como la madre en el proceso.

Había algo en la doctora Jensen que instilaba confianza y Zach entendía que Arielle la hubiese elegido para tener a su hijo.

–En este momento no se me ocurre nada, pero seguro que pensaré algo –le dijo, sonriendo.

–¿Cómo te encuentras, Arielle?

–Bien –contestó ella mientras se levantaba la blusa y bajaba el elástico del pantalón–. Un poco cansada. Y tengo que comer algo cada poco tiempo porque si no tengo náuseas. Por lo demás, todo perfecto.

–Eso es normal –murmuró la doctora Jensen, extendiendo gel sobre su abdomen–. ¿Estáis listos para ver a vuestro pequeño por primera vez?

–Sí –contestó Arielle, un poco nerviosa.

–¿Vamos a saber si es niño o niña? –preguntó Zach.

–No, no creo que podamos verlo tan pronto –sonrió la doctora Jensen–. Pero no tardaremos mucho. Tal vez en la próxima visita.

Zach tomó la mano de Arielle y cuando ella la apretó supo que,

por mucho que se quejase, agradecía su apoyo.

La ginecóloga empezó a mover el aparato sobre su abdomen y una imagen borrosa apareció en la pantalla. Zach se preguntaba qué demonios tenía que buscar, pero de repente le pareció ver algo que parecía un brazo o una pierna.

–Ahí está la cabeza del niño –murmuró la doctora Jensen, moviendo el instrumento hacia el otro lado–. Vamos a ver si podemos detectar el sexo desde aquí… –de repente, la mujer arrugó el ceño.

–¿Qué pasa? –preguntó Zach, asustado.

–Ah, esto explica que hayas engordado más de lo normal.

–¿Ocurre algo? –murmuró Arielle, asustada.

–No ocurre nada, tranquila –sonrió la doctora Jensen–. Pero me estoy preguntando cómo vas a lidiar con dos niños cuando empiecen a andar.

–¿Dos? –repitió Arielle, sin entender.

–¿Mellizos? –exclamó Zach.

La ginecóloga soltó una carcajada mientras pulsaba el botón de la impresora.

–El primer niño estaba colocado de lado y al principio no podía ver al segundo. Pero sí, vais a tener mellizos.

Zach no era capaz de decir una palabra. No sólo iba a tener un hijo, iba a tener dos…

De repente, era como si su pecho fuese el doble de su tamaño normal. Nada podría explicar lo que sentía en aquel momento y, sin pensar, se inclinó para buscar los labios de Arielle.

–¿Hay historia de gemelos en alguna de vuestras familias? –les preguntó la doctora Jensen, mientras retiraba el gel con un pañuelo de papel.

–Arielle tiene hermanos mellizos –respondió Zach, después de tragar saliva–. Pero que yo sepa en mi familia nunca los ha habido.

–Bueno, pues ahora los hay. Veo que ninguno de los dos anticipaba un parto múltiple.

–Yo… bueno, supongo que era una posibilidad –empezó a decir Arielle, atónita.

–¿Los niños están bien? –preguntó Zach, cuando su cerebro empezó a funcionar con cierta normalidad.

–Sí, perfectamente –sonrió la doctora Jensen–. Los dos fetos son de buen tamaño y creo que del peso correcto para su estado de desarrollo.

–¿Y hay algo especial que deba hacer o no deba hacer? –preguntó Arielle, mientras Zach la ayudaba a bajar de la camilla.

–Mientras te encuentres bien no hay ninguna razón para que no sigas con tus actividades normales, incluyendo las relaciones sexuales.

Zach no hizo ningún comentario, pero ni se molestó siquiera en disimular una sonrisa.

–Nos vemos dentro de tres semanas –se despidió la ginecóloga–. Pero si tienes algún problema o alguna pregunta no dudes en llamarme.

Zach y Arielle bajaron juntos en el ascensor sin decir nada. Y siguieron en silencio mientras iban al aparcamiento.

–¿Cuánto tiempo tardarás en hacer la maleta? –le preguntó Zach mientras la ayudaba a subir al coche.

–¿Por qué tengo que hacer la maleta?

–Porque te vas a mudar a mi casa –contestó él. Ahora era más importante que nunca que cuidase bien de sí misma.

–No, de eso nada. Vamos a mi apartamento. Tengo que llamar a mis hermanos para darles la noticia… –Arielle soltó una risita–. Dios mío, voy a tener mellizos.

–Sí, cariño –sonrió Zach, dándole instrucciones a su chófer para que los llevase al apartamento mientras le pasaba un brazo por los hombros. Se daba cuenta de que estaba abrumada por la noticia y no era el mejor momento de insistir–. Pasaremos la noche en tu apartamento y te mudarás mañana por la mañana.

–No voy a mudarme, ya te lo he dicho. Me vas a dejar en casa y te irás a la tuya, fin de la discusión –replicó Arielle.

Lo había dicho muy seria, pero Zach se dio cuenta de que no se apartaba.

–Lo siento, pero te dije que estaría contigo durante todo el embarazo y tengo intención de hacerlo –sonrió, dándole un beso en la frente–. Y eso significa que a partir de ahora lo haremos todo juntos. Iremos juntos a la consulta del ginecólogo y le daremos juntos la noticia a tus hermanos.

Cuando llegaron a su apartamento Arielle ya se había acostumbrado a la idea de que iba a ser madre de mellizos y empezaba a recuperar la perspectiva.

–Ponte cómodo mientras yo hablo con mis hermanos desde la habitación. Solo tardaré unos minutos.

Sabía que iba a ser imposible convencerlo para que la dejase en paz y no tenía ganas de discutir.

–Prefiero que hables desde aquí, si no te importa. Y deberías poner el altavoz, así podré escuchar la conversación –dijo Zach, quitándose la chaqueta.

–¿Para qué?

–Prometo no decir una palabra mientras no te lo hagan pasar mal, pero me reservo el derecho a romper mi silencio si creo que te están disgustando.

Arielle dejó escapar un bufido.

¿Dónde estaba tanta preocupación por ella cuatro meses antes, cuando descubrió que se había ido y lloró durante días como una tonta? ¿O unas semanas después, cuando supo que estaba embarazada y no tenía manera de ponerse en contacto con él?

–Soy mayorcita, puedo cuidar de mí misma.

–No tienes por qué hacerlo, Arielle. Yo estoy dispuesto a ayudarte –insistió Zach, tomándola entre sus brazos–. A partir de ahora ése es mi trabajo. Y créeme, tengo intención de tomármelo muy en serio. Te doy mi palabra de que haré todo lo que esté en mi mano para protegerte a ti y a los niños. Y si hace falta, me enfrentaré con tus hermanos para mantener esa promesa.

Arielle podría haberle preguntado quién iba a protegerla de él, pero Zach eligió ese momento para buscar sus labios en un beso tan apasionado que casi se le saltaron las lágrimas. Al principio parecía sólo un beso para sellar el pacto de cuidar de ella y de sus hijos, pero pronto se convirtió en mucho más.

Nerviosa, intentó esconder su reacción. Intentó empujarlo, pero como le había ocurrido la primera noche en el rancho, su deseo de resistir se evaporó como el rocío de la mañana.

Se preguntó cómo podía sucumbir después de todo lo que había ocurrido entre ellos, pero cuando insinuó su lengua en el interior de su boca rápidamente olvidó el pasado y se perdió en sus caricias.

Un incendio se declaró en su interior a la velocidad de la luz, un remolino de deseo que le hizo sentir un cosquilleo por todo el cuerpo cuando Zach levantó su blusa para acariciar su espalda, deslizando luego las manos hacia arriba para rozar sus pechos.

Sabía que debía detenerlo y recuperar el sentido común. Nada había cambiado entre ellos, pero cuando Zach rozó sus sensibles pezones a través del satén del sujetador todo pensamiento racional

la abandonó.

–Creo que antes de seguir sería mejor que llamases a tus hermanos –dijo Zach con voz ronca–. Si no, no creo que podamos hacerlo.

Al darse cuenta de lo que quería decir, Arielle se puso colorada y dio un paso atrás.

–Retomaremos esto después de que hayas hablado con ellos –le dijo Zach al oído.

–No… no creo que sea buena idea.

–Claro que sí, cariño –sonrió él antes de dar un paso atrás–. Bueno, ¿por qué no los llamas a los dos a la vez? ¿Tienes la tecla de multi-llamada?

–Sí, pero…

–Así podrías decírselo al mismo tiempo.

Aún un poco mareada después del beso, Arielle asintió, marcando el número de Jake y dejándolo en espera para marcar el de Luke. Cuando sus dos hermanos se pusieron al teléfono pulsó el botón del altavoz y se dejó caer en el sofá al lado de Zach.

–Tengo que daros una noticia y he decidido contároslo al mismo tiempo.

–¿Esa noticia explica por qué has llorado tanto en los últimos meses? –le preguntó Jake.

–¿Y la razón por la que evitas hablar conmigo? –dijo Luke.

–Sí, supongo que sí –suspiró ella. Sabía que sus hermanos estaban preocupados, pero no sabía cómo decirles que estaba en la misma situación que su madre–. Vosotros sabéis que os quiero mucho, pero tenía que solucionar algunas cosas antes de contároslo.

–Tú sabes que te ayudaremos en lo que sea –dijo Jake.

Por el rabillo del ojo vio que Zach asentía con la cabeza, tal vez pensando en su hermana.

–Sí, claro que lo sé, pero esto era algo que tenía que solucionar yo sola.

–¿Y estás lista para contarnos qué es? –el más serio de los dos, Luke, siempre solía ir al grano.

–Por favor, no nos tengas en suspense.

Arielle respiró profundamente.

–¿Qué os parece la idea de convertiros en tíos… de mellizos?

El silencio que siguió a su anuncio demostró que aquello no era lo que sus hermanos habían esperado.

–Sé que es una sorpresa y…

–Estás embarazada –la interrumpió Jake.

–De mellizos –dijo Luke.

–¿Quién es el padre? –le preguntó el primero.

–¿Y cómo podemos ponernos en contacto con él? –inquirió el segundo.

–Sí, nos gustaría mucho hablar con ese canalla –dijo Jake, en plan hermano mayor.

Antes de que Arielle pudiese contestar, Zach apretó su mano.

–Estoy aquí mismo, con vuestra hermana y me llamo Zach Forsythe. Arielle y yo vamos a casarnos en cuanto podamos solucionar el papeleo.

–No, de eso nada –dijo ella, intentando soltar su mano–. Ya te he dicho que no hace falta estar casado para tener un hijo.

–Y yo te he dicho que a mí sí me hace falta –replicó él.

–Parece que no tenéis solucionado el asunto –intervino Luke.

–No hagas nada hasta que lleguemos a Dallas, Arielle –le aconsejó Jake–. Y por favor, no firmes ningún documento hasta que yo lo haya revisado. Tengo un juicio el viernes, pero estaré allí el sábado por la mañana.

–Buena idea –asintió Luke–. Haley y yo iremos también. Y sería buena idea redactar un acuerdo de separación de bienes.

–Yo estaba pensando lo mismo –dijo Jake.

–No será necesario porque no voy a casarme –suspiró Arielle, preguntándose cómo algo tan sencillo como una llamada de teléfono se había convertido en una batalla–. Y aunque así fuera, soy perfectamente capaz de tomar mis propias decisiones.

–Yo creo que es genial que vengáis a Dallas –intervino Zach–. Me gustaría conocer a mis futuros cuñados. Después de todo, pronto seremos familia…

–¡Zach!

–Y como en mi casa hay mucho espacio, me gustaría que os alojaseis allí –como si no la hubiese oído Zach les dio el número de su móvil, dejando a Arielle boquiabierta–. Decidme a qué hora llegáis y enviaré a mi chófer al aeropuerto.

–Me parece un buen plan –dijo Luke–. Mientras tanto, dale una oportunidad, Arielle. Parece un tipo sensato.

–Nos vemos el sábado, hermanita –se despidió Jake.

–Bueno, no ha ido tan mal –sonrió Zach cuando Arielle colgó el teléfono–. Creo que tus hermanos y yo vamos a llevarnos bien.

Ella se levantó, fulminándolo con la mirada.

–En este momento lo que me gustaría es daros una bofetada a los tres.

–¿Por qué? ¿Qué hemos hecho?

–Sois iguales. A ninguno de los tres le preocupa lo que yo quiero –Arielle sacudió la cabeza, indignada–. Les he dicho que lo tenía todo controlado, incluso que no tenía intención de casarme contigo, pero no me han hecho ni caso. No, al contrario, van a venir el sábado en plan hermanos mayores dispuestos a decirme lo que tengo que hacer y lo que tengo que pensar… ¡es ridículo!

–Arielle…

–Y tú, tú eres el peor de todos. Pero vete olvidando esa tontería de casarte conmigo. No pienso hacerlo.

–Te estás disgustando por nada, Arielle –dijo Zach, levantándose del sofá.

Pero cuando iba a tomarla entre sus brazos, ella se apartó.

–Voy a mi habitación a tumbarme un rato y a intentar olvidar esa conversación. Y cuando me levante espero que te hayas ido. Por favor, cierra la puerta al salir.

Sin esperar respuesta se dio la vuelta y entró en su habitación, cerrando de un portazo. Debería haberse negado a dejar que Zach hablase con sus hermanos, pensaba mientras se quitaba los zapatos, furiosa consigo misma.

Zach, Jake y Luke eran iguales. Tres hombres de éxito acostumbrados a dar órdenes y a salirse con la suya, de modo que no debería sorprenderle que hubieran controlado toda la conversación.

En el caso de Jake y Luke casi podía entenderlo. Había sido una abrumadora responsabilidad para dos chicos de veinte años tener que criar a una niña de diez y, después de tantos años tomando decisiones por ella, seguramente les resultaba difícil aceptar que Arielle era su propia persona.

Pero lo de Zach era otra historia. Su insistencia en casarse era absolutamente ridícula. No la quería y, a juzgar por cómo la había abandonado en Aspen, lo único que podía pensar era que se había cansado de ella como su padre se había cansado de su madre.

Suspirando, se dejó caer sobre la almohada. Casi cuatro meses antes habría querido que Zach le pidiera que se casara con él. Y si las circunstancias fueran diferentes ahora, nada impediría que le dijera que sí. Pero sólo lo hacía empujado por su deseo de ser el

padre de sus hijos, no porque ella le importase. Y eso no era suficiente.

Los ojos de Arielle se llenaron de lágrimas, pero se juró a sí misma que sería fuerte. Por primera vez en su vida entendía por qué su madre había caído en la trampa de Owen Larson… por segunda vez. Pero ella sería más inteligente y más fuerte.

Desgraciadamente, era muy difícil resistirse a los encantos de Zach. Cada vez que la tocaba o la besaba su sentido común se iba por la ventana. Y estaba empezando a ser terriblemente difícil no volver a enamorarse de él.

Zach encendió la televisión con el volumen bajo y colocó los pies sobre la mesa de café, dispuesto a esperar que Arielle despertase de su siesta. En su opinión la llamada a sus hermanos había ido muy bien, pero Arielle se había enfadado con todos y tenía que encontrar la forma de solucionarlo.

Tal vez debería cambiar de táctica. En Aspen las cosas habían ido demasiado rápido y, en realidad, estaban basadas en un engaño. Antes de que pudiera decirle quién era en realidad había tenido que volver a Dallas urgentemente debido al accidente de Lana y en las semanas que siguieron no había tenido tiempo de buscarla para darle una explicación.

Y cuando por fin tuvo tiempo ya era demasiado tarde.

Pero estaban esperando mellizos y eso lo cambiaba todo.

Zach pensó en los obstáculos que tendría que saltar para convencer a Arielle de que se casara con él…

Le había hecho mucho daño desapareciendo como lo hizo y saber que usaba un nombre falso había destrozado su confianza en él. Eso era algo que debían aclarar cuanto antes. Presionarla para que se casaran antes de explicarle por qué se había marchado de Aspen sería una pérdida de tiempo.

Pero creía tener una idea para convencerla de que escuchase su explicación y tenía intención de poner a prueba esa teoría inmediatamente.

Sacando el móvil del bolsillo Zach marcó el número de su casa y, después de darle instrucciones a la cocinera para que preparase una cena especial, le pidió que el chófer se la llevase en cuanto fuera posible.

Dado el apetito de Arielle, una cena fabulosa le haría ganar puntos con ella y, con un poco de suerte, estaría de humor para

escuchar sus explicaciones.

Satisfecho con su plan esperó a que despertase, convencido de que así estarían más cerca de una boda ese mismo fin de semana.

Capítulo Cinco

Un delicioso aroma a comida despertó a Arielle que, suspirando, se levantó de la cama y fue al cuarto de baño para lavarse la cara. Evidentemente, Zach no le había hecho ni caso a pesar de haberle pedido que se marchara y la dejase en paz, pero con lo cabezota que era tampoco había esperado que lo hiciese.

Y, aunque era muy frustrante, se olvidaría del asunto hasta que hubiese probado aquello que olía tan bien.

Cuando entró en el salón, Zach estaba encendiendo dos velas blancas colocadas en preciosos candeleros de plata.

–Hola, dormilona –sonrió–. Estaba a punto de despertarte. ¿Qué tal la siesta? ¿Has dormido bien?

–Sí, bastante bien –contestó ella.

Debería decirle que se fuera, pero su enfado había desaparecido al verlo. Estaba muy guapo a la luz de las velas. Se había subido las mangas de la camisa y tenía unos antebrazos tan atractivos…

Arielle tragó saliva. Sus activas hormonas estaban haciendo de las suyas otra vez si sólo con ver unos antebrazos masculinos se ponía nerviosa, pensó.

Decidida a concentrarse en algo que no fuera aquel hombre tan sexy, señaló las bandejas que había sobre la mesa.

–¿Y esto?

–He pensado que te vendría bien comer algo cuando despertases.

–Agradezco mucho tu preocupación, pero podría haber tomado una sopa o un bocadillo –dijo Arielle, dejándose caer sobre la silla–. Esto es un banquete.

–Comer algo ligero está bien de vez en cuando –sonrió Zach, sentándose frente a ella–, pero necesitas vitaminas y minerales para que los niños y tú estéis sanos.

–¿Desde cuándo eres nutricionista? –No lo soy, pero es una cuestión de sentido común. Aunque ha sonado impresionante, ¿verdad?

–Sí, pero deberías tener cuidado –Arielle no pudo evitar la risa–. No te rompas un brazo dándote palmaditas en la espalda.

La agradable camaradería continuó durante la cena, la más deliciosa que había tomado en mucho tiempo. Para cuando terminaron el postre, Arielle estaba llena.

–La mousse de chocolate estaba riquísima. La mejor que he probado nunca.

Zach asintió con la cabeza.

–Estoy convencido de que María López es, sin la menor duda, la mejor cocinera de Texas.

–Después de esta cena desde luego tiene mi voto –sonrió Arielle, levantándose.

Pero cuando empezó a recoger los platos Zach la sujetó por la muñeca y tiró de ella para sentarla en sus rodillas.

–Yo me encargaré de eso en unos minutos.

–Pero…

–Tenemos que hablar de lo que pasó en Aspen.

–Zach, no…

–He intentando contártelo antes y tú no querías saber nada, pero esta vez no pienso aceptar una negativa –la interrumpió él, decidido a decir lo que quería decir–. Voy a contarte lo que pasó, desde lo de usar un nombre falso a la razón por la que me marché esa mañana sin despedirme.

Le gustase o no, pensó Arielle, había llegado el momento de escuchar la verdad. De otro modo nunca serían capaces de llegar a un acuerdo amistoso.

–Muy bien. Estoy escuchando.

Zach respiró profundamente.

–Lo primero, tengo por costumbre usar un nombre falso cuando voy a alguno de mis hoteles para comprobar si funcionan bien.

–¿Y nadie sabe quién eres? Tienen que haberte reconocido alguna vez.

–Sí, alguna vez me ha pasado. Pero además de preparar mis visitas cuando el director está en algún seminario o de vacaciones, mis hoteles son lo bastante grandes como para evitar que me reconozcan haciéndome pasar por…

–Tom Zacharias, entusiasta del esquí –terminó Arielle la frase por él.

–Eso es, cariño. Cuando reservo habitación en uno de mis hoteles se me trata como a un cliente normal –Zach se encogió de hombros–. Y descubro muchas más cosas sobre el servicio al cliente y el mantenimiento que si hiciera una visita anunciada.

–Imagino que si supieran quién eres todo el mundo se pondría de gala.

–Y yo no me enteraría de cómo tratan al cliente o de si el hotel necesita mejoras.

Lo que decía tenía mucho sentido, pero eso no explicaba por qué no le había dicho a ella quién era.

–¿Y yo, Zach? Yo no trabajo en ninguno de tus hoteles. ¿Por qué no me dijiste quién eras? ¿O es una de tus costumbres tener una aventura con alguna cliente mientras visitas tus hoteles?

–No digas eso. Hasta que te conocí nunca le había pedido a nadie que cenase conmigo.

Por el brillo de sus ojos Arielle se daba cuenta de que estaba diciendo la verdad.

–¿Y por qué me invitaste a mí?

–Además de ser la mujer más sexy que había visto nunca, eras divertida, inteligente… y muy valiente.

–¿Valiente por qué?

–¿No recuerdas que acabaste en una de las pistas principales en lugar de en la de principiantes?

–Ah, sí, es verdad.

–Hacías la bajada muerta de miedo, pero no estabas dispuesta a pedirle ayuda a nadie y eso me gustó.

–Muy bien, pero eso no explica que no me dijeras tu verdadero nombre en algún momento de esa semana –insistió Arielle.

–Tienes razón, debería habértelo dicho –asintió Zach, acariciando su cara–. Pero es que me pillaste por sorpresa, cariño. Yo no esperaba que las cosas fueran tan deprisa y la razón por la que me marché esa mañana sin decirte nada es que recibí una llamada urgente…

–Ah, ya –murmuró ella, irónica.

–Mi hermana había tenido un accidente de coche. Si hubiera podido pensar con claridad, te juro que no me habría ido sin al menos dejarte una nota.

–¿En serio?

–Lana había tenido un accidente muy grave y estuvo a punto de morir. De modo que en lo único que yo podía pensar era en volver a Dallas para verla.

–Dios mío, ¿y ya se encuentra bien? –preguntó Arielle, recordando que Lana era la madre de Derek.

–Sí, ahora está muy bien. Pero los médicos no sabían si iba a recuperarse… –Zach respiró profundamente, intentando contener la emoción.

Sin pensar, Arielle le echó los brazos al cuello. No podía ni imaginar lo terrible que debía haber sido para él. Si algo así le hubiera pasado a uno de sus hermanos seguramente ella habría hecho lo mismo: salir corriendo.

–Y para tu información, pensé ponerme en contacto contigo cuando supe que Lana estaba fuera de peligro. Pero había pasado tanto tiempo que decidí dejar las cosas como estaban.

–¿Por qué?

–Porque imaginé que después de lo que había pasado seguramente tú no querrías saber nada de mí –suspiró Zach, tomándola por la cintura–. Sé que es una excusa muy pobre, que por mucho tiempo que hubiera pasado debería haberme puesto en contacto contigo…

–El accidente es la causa de que Derek se haya portado últimamente de manera tan rara, ¿verdad?

–Sí, creo que sí. Derek es un buen chico, de verdad. Pero lo ha pasado mal porque no entendía qué le ocurría a su mamá y Lana no podía atenderlo.

–Y como resultado se porta de manera violenta con los demás niños… –aventuró ella, que había visto a muchos niños actuar así cuando algo alteraba sus vidas.

Zach la apretó un poco más contra su pecho.

–Pero ahora que Lana y él están en casa y las cosas han vuelto a la normalidad dejará de morder a los demás niños, te lo prometo.

–Espero que sí –sonrió Arielle–. Los niños siempre son más felices en un entorno familiar. Les da la seguridad que necesitan.

–¿Y tú te sientes un poco más segura de mí ahora? –preguntó él, besando su cuello.

Arielle entendía por qué se había marchado a toda prisa de Aspen. Incluso podía entender que no hubiera vuelto a ponerse en contacto con ella porque el tiempo pasaba y era más fácil olvidarse. Y aunque la hubiese llamado por teléfono… sólo habría sido para explicar su repentina desaparición, no porque quisiera retomar el romance que había nacido entre ellos.

–No estoy segura.

–Piénsalo, cariño –dijo Zach.

–Sí, lo haré.

–¿Por qué no vas al salón y levantas las piernas un rato?

–Tú te has encargado de la cena, lo mínimo que puedo hacer yo es limpiar la mesa.

–Ya te he dicho que pienso cuidar de ti y de los niños y eso incluye hacer que no te esfuerces demasiado.

–No creo que haya ningún peligro –rió Arielle–. Para esforzarme demasiado antes tendría que hacer algo.

–Oye, que vas a ser la madre de dos niños dentro de unos meses. Relájate mientras puedas –los labios de Zach rozaban su garganta, haciéndole sentir escalofríos–. Además, me gusta cuidar de ti.

Arielle tuvo que recordarse a sí misma que, aunque le había explicado su repentina desaparición, aún no sabía si debía confiar en él. Las circunstancias en las que se encontraban eran el resultado directo de su aventura en Aspen, cuando dejó que la sedujera, y hacerlo otra vez sería desastroso para ella.

Pero era muy tentador.

–Creo que acepto tu oferta –decidió repentinamente, levantándose–. Después de una cena tan maravillosa no me apetece discutir.

–Vamos a ver una película, ¿te apetece? Ha sido un día lleno de emociones y creo que a los dos nos vendría bien relajarnos un rato.

–Ah, eso es lo primero que dices en todo el día con lo que puedo estar de acuerdo.

Zach se sentó en el sofá, con una pierna apoyada en el respaldo, y tiró de ella para colocarla sobre su pecho.

–¿Qué haces? –Apóyate, así. Y relájate, cariño –le ordenó él, besando su cuello.

Sin pensar en el peligro que suponía estar tan cerca, Arielle hizo lo que le pedía. El calor del sólido torso masculino hacía que su pulso se acelerase, pero cuando la abrazó el corazón de Arielle parecía a punto de saltar de su pecho.

–¿Qué intentas hacer, Zach?

Él puso las manos sobre su abdomen.

–Lo que te he dicho antes: cuidar de ti y hacer que te relajes.

Ella negó con la cabeza.

–Tú sabes a qué me refiero.

–Eso espero –rió Zach, besando su hombro–. Estoy intentando recordarte lo bien que nos llevamos y lo bien que podríamos volver

a llevarnos.

–No pienso cambiar de opinión sobre…

–Calla, cielo –la interrumpió él, tomando el mando para encender el reproductor de DVD–. Ya hablaremos después. Vamos a ver una película.

Mientras los títulos de crédito aparecían en la pantalla, Arielle intentó concentrarse y olvidar al hombre que la tenía abrazada. Pero el calor de su cuerpo y el aroma de su aftershave asaltaban sus sentidos y hacían difícil pensar en otra cosa.

Pero había aprendido de la peor manera posible que no debía dejar que las caricias de Zach nublasen su sentido común. Y no era tan ingenua como para pensar que su consideración tenía algo que ver con ella. Todo lo que hacía era por los niños. Incluso su insistencia en casarse era debida exclusivamente al embarazo, no porque ella le importase de verdad.

Sus pensamientos quedaron bruscamente interrumpidos al sentir la erección de Zach en su espalda. Y la ola de deseo que experimentó al darse cuenta de que estaba excitado hizo que se incorporase de inmediato.

–Creo que sería buena idea que cambiásemos de posición.

Sujetándola firmemente, Zach besó su cuello.

–¿No estás cómoda?

Los escalofríos que provocó ese beso hacían casi imposible formar un pensamiento racional y menos darle una respuesta.

–Sí… quiero decir, no.

–¿Quieres saber lo que pienso? –rió él.

–No, la verdad es que no.

–Estoy seguro de que has notado lo que me pasa y te has acordado de cuánto te gustaba –le dijo Zach al oído–. Y te turba estar tan excitada como yo.

Su aliento en el cuello y el recuerdo de la ardiente pasión que habían compartido en Aspen la estaba dejando sin aliento.

–En absoluto –mintió Arielle.

Y él tuvo la osadía de soltar una carcajada.

–Lo que tú digas, cariño. Pero ahora vamos a disfrutar de la película.

Con el calor de su cuerpo sofocándola era más fácil decirlo que hacerlo. Pero, por fin, Arielle empezó a interesarse en la comedia romántica y, antes de que se diera cuenta, la película había terminado.

–La cena ha sido deliciosa y la película muy bonita, pero estoy agotada –le dijo, bostezando–. Creo que es hora de llamar al chófer para que te lleve a casa.

–Le he dado el resto de la noche libre –dijo Zach, estirando los brazos.

–Entonces sugiero que llames a un taxi.

Él negó con la cabeza.

–No, yo no uso transporte público.

–Hay una primera vez para todo, señor Forsythe. Y ahora, vete a casa de una vez –insistió Arielle.

–¿Por qué iba a marcharme? –sonrió Zach, acariciando su hombro–. Vamos a quedarnos aquí esta noche y mañana nos iremos a mi casa.

–Eres increíble –Arielle lo miró durante unos segundos y luego, para poner distancia ente ellos, se levantó del sofá–. En este apartamento sólo hay un dormitorio y no pienso compartirlo contigo.

–Puedo dormir aquí, en el sofá.

Zach se levantó de un salto y, antes de que pudiera reaccionar, inclinó la cabeza para besarla. Y, de repente, Arielle experimentó una punzada de deseo tan profunda que tuvo que echarle los brazos al cuello porque se le doblaban las rodillas.

Como si disfrutase del juego de avance y retroceso, Zach parecía desafiarla y Arielle se dejó llevar.

Sus lenguas se buscaban mientras disfrutaba de la fuerza del abrazo, del gemido ronco que escapó de su garganta, sintiéndose repentinamente poderosa. Si no hubiera perdido la cabeza momentáneamente se habría quedado sorprendida de su propia osadía.

La pasión empezaba a nacer dentro de ella, pero también la certeza de que estaba a punto de caer en la trampa de Zach otra vez. Y ella no era tonta. La deliciosa cena a la luz de las velas, la película romántica, su negativa a volver a casa, todo eso significaba una nueva táctica para convencerla de que se casara con él. Y por mucho que le gustase estar entre sus brazos otra vez, por mucho que le gustase besarlo, no podía bajar la guardia. Había sufrido mucho cuando la dejó cuatro meses antes y si volvía a ocurrir… si volvía a ocurrir no se lo perdonaría a sí misma.

De modo que, haciendo un esfuerzo, se apartó.

–Adiós, Zach.

La expresión masculina era indescifrable mientras la tomaba de la mano para llevarla a la puerta del dormitorio.

–Buenas noches, cariño –murmuró, rozando sus labios–. Si me necesitas, estaré durmiendo en el sofá.

Mientras lo veía alejarse por el pasillo, Arielle se preguntó qué debía hacer. No iba a poder pegar ojo sabiendo que estaba en el salón. Posiblemente en calzoncillos. Posiblemente sin llevar nada en absoluto.

–Ay, Dios mío.

Arielle cerró la puerta de su dormitorio y se apoyó en ella con los ojos cerrados. Iba a ser una noche muy larga si pensar en Zach desnudo hacía que su pulso se acelerase y que su corazón palpitara como si quisiera salirse de su pecho.

Zach miraba el techo del salón mucho después de que Arielle se hubiera encerrado en su dormitorio. Si no estuviera tan incómodo la situación sería de risa.

Demonios, él había levantado un imperio de hoteles de lujo y tenía millones de dólares en el banco y una mansión de ocho habitaciones, todas con comodísimas camas de matrimonio. Y allí estaba, en un sofá demasiado pequeño, con la cabeza apoyada en un almohadón más duro que el cemento y cubierto por una manta de la que sobresalían sus pies.

Pero, aparte de que iba a dolerle la espalda por la mañana y que él estaba en una habitación y Arielle en otra, la noche había ido más o menos bien. Después de su siesta, por fin había podido explicarle la razón por la que tuvo que marcharse de Aspen a toda prisa y no había insistido en el tema del matrimonio… pero su cuerpo le había dejado bien claro que seguía deseándola.

Ahora sólo tenía que convencerla de que casarse era lo mejor para los dos y cuando sus hermanos llegaran el sábado todo estaría preparado para la ceremonia. Sí, sería una ceremonia íntima, para los familiares más cercanos ya que no tendrían tiempo de hacer nada más. Si Arielle quería una boda espectacular con un gran banquete podrían organizarla más adelante.

Muy satisfecho con la manera en la que estaba llevando el asunto, Zach empezaba a quedarse dormido cuando un alarido femenino hizo que se levantase de un salto. El corazón golpeaba sus costillas mientras corría a ciegas hacia el pasillo y cuando se golpeó el pie con la pata de una silla soltó una palabrota que

habría hecho que Mattie le lavase la boca con jabón. Pero, olvidándose del dolor, siguió corriendo hasta llegar al dormitorio de Arielle y empujó la puerta sin miramientos.

Al principio no vio nada, pero cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad se dio cuenta de que ella estaba moviéndose bajo el edredón...

Zach encendió la lámpara, apartó el edredón y vio a Arielle frotándose furiosamente la pantorrilla.

–¿Qué te pasa?

–Me ha dado un tirón… en la pierna –gimió ella.

Sin pensar que estaba en calzoncillos, Zach se puso de rodillas en la cama y, después de apartar suavemente las manos de Arielle, empezó a darle un masaje para relajar el músculo dolorido.

–Espera un momento, cariño. Se te pasará enseguida.

En unos segundos, su expresión le dijo que el dolor empezaba a pasar. Pero, sentado a su lado, Zach siguió masajeado la pantorrilla.

–Ahora estoy mucho mejor… gracias –murmuró Arielle. El camisón amarillo que llevaba se había levantado un poco, dejando sus muslos al descubierto, y Zach comprobó que aunque su abdomen era un poco más redondeado por el embarazo, el resto de ella seguía siendo tan esbelto como siempre. Y el recuerdo de esas piernas alrededor de su cintura mientras hacían el amor lo excitó con tal violencia que se sintió un poco mareado.

Pero, sin pensar en el daño que podía hacerle a su plan de no presionar a Arielle, se tumbó a su lado.

–¿Se puede saber qué estás haciendo?

Zach no sabía por qué, pero a él le parecía lo más natural.

–El sofá es demasiado pequeño. Además, puede que te dé otro tirón a lo largo de la noche y prefiero no romperme el cuello la próxima vez. He venido corriendo como un loco.

–Ésa es la excusa más tonta que he oído en toda mi vida –protestó Arielle. Pero al menos no le pedía que se fuera de la habitación.

–Sí, la verdad es que es un poco patética, ¿eh? –rió Zach.

Arielle se mordió los labios para disimular una sonrisa.

–En serio, ¿se puede saber qué haces en mi cama?

–No estaba exagerando con lo del sofá, en serio. Es muy pequeño y muy incómodo para un hombre de mi estatura.

–Seguro que tu cama es lo bastante grande para ti. ¿Por qué no

te vas a casa?

–No, no puedo. Dije que cuidaría de ti y eso es lo que pienso hacer. Voy a cumplir esa promesa o a morir en el intento –Zach hizo una pausa–. Pero la verdadera razón por la que estoy aquí ahora es que quiero abrazarte mientras duermes y despertar contigo entre mis brazos.

Lo había dicho completamente en serio pero, por su expresión, se daba cuenta de que Arielle tenía serias dudas sobre esos motivos.

–Zach, yo…

–No voy a mentirte, cariño, quiero hacer el amor contigo. Quiero enterrarme dentro de ti tan profundamente que olvides dónde acabas y dónde empiezo yo –Zach besó la punta de su nariz–. Pero te doy mi palabra de que no voy a presionarte en absoluto. Cuando llegue el momento los dos lo sabremos y nada me impedirá darte placer hasta que los dos caigamos exhaustos.

Por fin, Arielle asintió con la cabeza.

–De verdad agradezco mucho tu consideración. Desgraciadamente, no confío en ti más de lo que confío en mí misma.

–Entiendo que desconfíes de mí –sonrió Zach–. ¿Pero cómo es posible que no confíes en ti misma? –Mi buen juicio no parece funcionar demasiado bien cuando estoy contigo –dijo ella.

–¿Por qué dices eso?

Arielle dejó escapar un suspiro.

–Estoy contenta de estar embarazada, pero habría preferido que… en fin, que las cosas entre nosotros hubieran sido más convencionales.

Zach sabía a qué se refería. Arielle había querido una relación normal y un compromiso antes de quedar embarazada. Pero eso no había pasado y no había manera de cambiar las cosas. En su opinión, deberían seguir adelante y olvidarse del pasado.

–¿Por qué no vamos día a día y vemos dónde nos lleva? Aunque me gustaría que me prometieras que al menos me darás una oportunidad. ¿Puedes hacer eso?

–Me lo pensaré –contestó ella.

Zach suspiró, aliviado. Al menos estaba dispuesta a pensárselo.

Para animarla un poco buscó sus labios y, al primer roce, sintió un cosquilleo en el bajo vientre. Pero cuando le echó los brazos al cuello, el cosquilleo se convirtió en un incendio.

Zach levantó un poco el camisón para acariciar sus muslos y una ola de fuego recorrió sus venas al sentir el satén de su piel en su ardiente respuesta.

Deslizó la mano hacia arriba, por su abdomen, hasta llegar a sus pechos, sintiéndola temblar. Cuando acarició la punta de un pezón con el pulgar su presión arterial se puso por las nubes. Pero fue el calor de la mano de Arielle cuando la puso sobre su torso lo que hizo que su cuerpo se tensara de manera casi dolorosa.

La deseaba con una fuerza que desafiaba sus buenas intenciones de esperar a que estuviese preparada. Y cuando movió la mano para acariciarla por debajo del ombligo supo que también Arielle lo deseaba.

Pero tenía que saberlo con total seguridad.

–Cariño, hemos llegado a un punto sin retorno –le suplicó, besando su cuello–. Al menos sin una ducha fría y mucho sufrimiento por mi parte. Si esto es lo que quieres, será mejor que me lo digas ahora mismo… y si no, dime dónde tienes las toallas.

Cuando estaba convencido de que Arielle iba a mandarlo de vuelta al sofá, ella respiró profundamente.

–Hay muchas cosas de las que aún no estoy segura, pero lo único que no ha cambiado es cuánto te deseo.

–¿Está segura? –insistió Zach.

–No, pero en lo que se refiere a ti no parece importar demasiado si estoy segura o no –le confesó ella, sin aliento al ver el brillo de sus ojos–. Por favor, hazme el amor, Zach.

Capítulo Seis

Cuando Zach inclinó la cabeza para buscar sus labios de nuevo, Arielle se preguntó si había perdido la cabeza. Ni una sola vez desde su inesperado reencuentro se había disculpado por lo que pasó en Aspen. Le había explicado el uso del alias y la razón por la que tuvo que marcharse a toda prisa esa mañana, pero no había dicho que lo sentía.

Claro que eso no cambiaba nada porque con un beso, un simple roce de su mano, se volvía loca. Había sido así casi cuatro meses y seguía siendo así en aquel momento.

Mientras lo abrazaba se preguntó brevemente qué pasaría si por la mañana se hubiera ido... o cualquier otra mañana. Pero Zach seguía besándola y, abandonándose a los sentimientos, Arielle dejó de hacerse preguntas.

Tembló cuando deslizó la mano hacia sus braguitas para quitárselas, pero cuando levantó el camisón empezó a sentirse incómoda.

–Zach, ¿te importaría apagar la luz?

–Si te preocupa lo que piense de tu figura ahora que estás embarazada, por favor, deja de preocuparte –Zach tiró del camisón para quitárselo por encima de la cabeza y, sin dejar de mirarla a los ojos, la tumbó sobre la cama.

–Siempre has sido preciosa, cariño.

La miraba de arriba abajo con los ojos cargados de deseo y Arielle lo creyó. Fue casi como si la hubiera acariciado con los dedos.

–Y me había equivocado –siguió Zach, poniendo una mano sobre su abdomen e inclinándose para darle un beso en el ombligo–. Ahora eres más preciosa que en Aspen y no tengo la menor duda de que lo serás más cada día.

Sin dejar de mirarla, saltó de la cama para quitarse los calzoncillos. Su físico era tan impresionante como lo había sido en Aspen y cuando quedó completamente desnudo Arielle abrió mucho los ojos al ver su erección irguiéndose orgullosa sobre el vello oscuro entre sus piernas.

Pero fue su ardiente mirada cuando volvió a la cama lo que la

dejó completamente sin habla.

–Te he deseado desde el momento que te vi –le confesó, tomándola entre sus brazos.

La piel de su torso, suave y dura al mismo tiempo, el olor de su colonia y el sonido de sus jadeos la hacían sentir escalofríos.

–Zach…

Él acarició su espalda, trazando su espina dorsal con los dedos para apretar después apasionadamente su trasero… cuando su gemido ronco se mezcló con los suspiros de Arielle instintivamente supo que estaban experimentando el mismo placer.

Volvió a besarla y Arielle enredó los dedos en su pelo, buscando su boca. Lo deseaba más de lo que había deseado nunca a ningún hombre, con un ansia urgente que sólo él podía despertar.

Sentía su cuerpo latiendo de deseo y el suyo propio respondió con un río de lava. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que la abrazó así y le pareció como si hubiera llegado a casa. Nunca había sentido tal intimidad, tal seguridad en los brazos de otro hombre.

Sólo con Zach.

Él siguió besando su garganta, sus clavículas… hasta llegar a sus pechos. Y Arielle lo apretó contra ella mientras tomaba un pezón en la boca; la intensidad de la sensación al notar el roce de sus labios enviando una ola de deseo por todo su cuerpo que amenazaba con consumirla.

–Por favor –susurró–. Ha pasado tanto tiempo…

–Tranquila, cariño –le advirtió Zach, acariciando sus caderas–. Yo también te deseo, pero quiero que disfrutes tanto como yo.

Deslizó una mano hasta dejarla entre sus piernas y cuando introdujo un dedo fue como si hubiera recibido una descarga eléctrica. El íntimo roce la volvía loca.

–Yo… te necesito, Zach –susurró, sorprendida de poder formar un pensamiento coherente–. Ahora mismo.

–Vamos a hacerlo… de una manera un poco diferente esta vez –jadeó él, levantándola para colocarla a horcajadas sobre su cuerpo.

–¿Qué haces?

Zach sostuvo su mirada mientras, con cuidado, empujaba sus caderas hacia abajo, hacia él. Y Arielle se sintió completa por primera vez en muchos meses. Poniendo las manos sobre sus anchos hombros, cerró los ojos y lo tomó en su interior, disfrutando de la sensación de convertirse en una con el hombre que le había

robado el corazón.

–Me gustas tanto… –murmuró Zach, con los dientes apretados.

Cuando estaba completamente enterrado en ella buscó sus labios en un beso urgente. A pesar de los problemas que tenían y que aún no habían solucionado, sabía con total seguridad que nunca encontraría otra mujer con la que hacer el amor fuese tan... vehemente.

–Vamos a ir despacio –le dijo, con voz entrecortada–. Y quiero que me digas si te duele o te molesta.

Arielle podría haberle dicho que estando con él ni le dolía ni le molestaba nada, pero las palabras murieron en su garganta cuando puso las manos en sus caderas y empezó a guiarla. Cerrando los ojos, el calor del cuerpo de Zach llenándola por completo, supo que nunca sentiría por otro hombre lo que sentía por él.

Mientras se movían al unísono, besándose, apartándose para mirarse a los ojos, dejó de pensar en cualquier cosa que no fuera aquel momento… un momento que intentaba desesperadamente prolongar. Pero el ansia que creaba dentro de ella se convirtió en una fuerza irresistible y se enterró por completo, agarrándose a él, gimiendo su nombre cuando la ola de placer se la llevó por delante.

Oyó los gemidos roncos de Zach y sintió que se quedaba inmóvil un momento antes de derramarse en su interior, exhausto.

Mientras la intensidad del orgasmo empezaba a desaparecer y volvían a la realidad, él le preguntó:

–¿Estás bien?

Arielle suspiró, feliz.

–Ha sido asombroso.

–Estoy totalmente de acuerdo –Zach la tumbó a su lado y luego cayó sobre las almohadas–. ¿Pero estás bien?

–Estoy de maravilla.

–Sé que la ginecóloga dijo que podíamos hacer el amor, pero…

–No te preocupes –lo interrumpió ella, bostezando–. Estoy perfectamente.

Zach sonrió mientras se tumbaba de lado y la envolvía entre sus brazos.

–Pareces más relajada que cuando entré aquí.

–Cuando irrumpiste.

–¿Qué?

–No has entrado, has «irrumpido» en mi habitación.

–Bueno, eso da igual. Me parece que esta noche no vas a tener

más tirones –sonrió Zach–. ¿Puedo hacerte una pregunta, cariño?

–¿Qué?

–¿Te puedes tomar el resto de la semana libre?

Arielle abrió los ojos, sorprendida.

–¿Por qué iba a hacer eso?

–Me gustaría que pasaremos algún tiempo juntos en lugar de un par de horas de vez en cuando, antes de que tú te vayas al colegio y yo a la oficina.

En Aspen habían tenido una semana ininterrumpida para conocerse y eso era exactamente lo que necesitaban en aquel momento. Tenía que ganarse su confianza.

–Pero es que acabo de hacerme cargo del colegio…

–Ya, pero eres la directora, de modo que puedes tomarte el tiempo libre que quieras.

–¿Tú puedes tomarte tiempo libre en la oficina?

–Sí, claro –rió él–. Soy el jefe, ¿recuerdas?

Arielle se mordió los labios, pensativa.

–Si me tomo unos días libres, tendrás que prometerme algo.

–¿Qué, cariño?

–Que no hablarás de matrimonio ni una sola vez durante los próximos días –le pidió ella, levantó las cejas–. ¿Crees que podrías hacer eso? Zach le prometería cualquier cosa para que dijera que sí. –Seguro que puedo –sonrió–. Pero quiero que sepas que no me he rendido sobre ese tema. –Ya me lo imaginaba, señor Forsythe –sonrió Arielle, intentando disimular un enorme bostezo.

–Bueno, pues ahora que nos hemos puesto de acuerdo, tienes que dormir.

Zach se dio cuenta de que ya se había quedado dormida y sonrió mientras alargaba la mano para apagar la luz de la mesilla. Dormir no iba a ser un problema para Arielle y, por lo tanto, una cosa menos de la que él tendría que preocuparse. Por lo que había visto, era capaz de quedarse dormida en cualquier sitio y a cualquier hora.

Mientras intentaba idear otras maneras de cuidar de ella comparó las diferencias entre Arielle y su ex prometida. Aunque Gretchen le había dicho cuánto deseaba tener un hijo, la verdad era que no había tardado mucho en cambiar de opinión. Unos días después de saber que estaba embarazada había empezado a actuar como si comer fuese un pecado, obsesionada con no engordar. Y

eso era sólo la punta del iceberg.

Se quejaba de que no era buen momento para tener un hijo, que estaba demasiado cansada para levantarse de la cama… una mañana la sorprendió haciendo una serie de agotadores ejercicios que más tarde supo eran un desesperado intento de interrumpir el embarazo. Y en menos de dos semanas haciendo ejercicio, durmiendo muy poco y comiendo menos que un pajarito, había logrado lo que quería.

Zach dejó escapar un suspiro. Aún se sentía culpable por no haberse dado cuenta de cuál era el objetivo de Gretchen y por su fracaso en proteger a ese niño. Debería haber prestado más atención.

Pero eso no iba a ocurrir otra vez. Los niños que esperaba Arielle dependían de él y no pensaba defraudarlos.

Afortunadamente, Arielle parecía ver su embarazo de una manera completamente diferente a Gretchen. Ella comía lo que quería, aun sabiendo que iba a engordar durante el embarazo, y descansaba siempre que le era posible. Y ni una sola vez desde que volvieron a encontrarse le había oído mostrar algo que no fuese alegría por el embarazo.

Zach besó su cabeza y cerró los ojos. Aunque nunca había pensado volver a confiar en otra mujer, y mucho menos pedirle que se casara con él, estaba seguro de que aquello iba a funcionar. Estaba claro que Arielle iba a ser una madre estupenda para sus hijos y, además, era la mujer más sexy, más guapa y más embriagadora que había conocido nunca.

Y tenerla en su cama cada noche iba a ser un enorme beneficio de ese matrimonio.

Sabía que Arielle lo quería todo: matrimonio, hijos, amor eterno. Pero querer demasiado a una mujer hacía que un hombre perdiese la perspectiva y se arriesgase a hacer el ridículo. Y eso era algo a lo que Zach no pensaba arriesgarse nunca más. Mientras no permitiera que el amor entrase en la ecuación no sólo podría mantener a sus hijos a salvo, tampoco tendría que preocuparse por su orgullo o su corazón.

Satisfecho al pensar que todo iba a salir como él quería, empezó a quedarse dormido. Aunque no podía darle a Arielle el amor que deseaba, el suyo sería un matrimonio basado en el respeto muto y el afecto sincero. En su opinión, eso sería suficiente para que fuesen felices.

Después de darse una ducha y llamar al colegio para pedirle a su ayudante que se encargase de todo durante el resto de la semana, Arielle esperó hasta que Zach entró en el baño para llamar por teléfono. Seguramente sería la única ocasión para llamar a su recién encontrada abuela y darle la noticia a solas, pensó. Suspirando, se dejó caer en el sofá y marcó el número de Emerald, S.A., en Wichita.

Había pensado mucho últimamente en su «encuentro» con Zach y en el hecho de que había ocurrido en un momento muy conveniente. ¿Demasiadas coincidencias? No estaba segura del todo, pero empezaba a creer que Emerald Lar-son había tenido algo que ver.

No le sorprendería nada que hubiera descubierto quién era el padre de sus hijos. Arielle no sabía cómo lo había hecho, pero el día que Emerald se puso en contacto con ellos para contarles que era su abuela admitió saber también lo de su embarazo y sus esfuerzos por encontrar al padre. Afortunadamente, lo hizo cuando se quedaron solas.

–Buenos días, despacho de la señora Larson –contestó Luther Freemont, con su habitual tono adusto.

Durante los últimos meses había hablado con el ayudante de Emerald en varias ocasiones y si alguna vez ponía una inflexión en su voz ella no lo había notado.

–Hola, Luther, soy Arielle. Me gustaría hablar un momento con Emerald. ¿Está en el despacho o debo llamar más tarde? –Sí, claro que está, señorita Garnier. Espere un momento, voy a pasarle la llamada. Unos segundos después, Emerald se puso al teléfono.

–Hola, cariño, qué sorpresa –la saludó, aparentemente contenta de hablar con ella–. ¿A qué se debe el placer de tu llamada?

–Hola, Emerald –considerando que sólo la conocía desde unos mese antes, Arielle aún no se encontraba cómoda llamándola «abuela». Pero mantenían una buena relación y Emerald había dejado bien claro que siempre estaría disponible si la necesitaba–. Espero no molestarte.

–No, al contrario. De hecho estaba pensando llamarte para preguntar qué tal en el colegio.

–Bien, bien, todo está siendo más fácil de lo que había pensado –contestó Arielle–. Todo el equipo está siendo de gran ayuda.

–Me alegro. ¿Y tú cómo estás, cariño? Espero que el embarazo vaya bien.

–Ésa es una de las cosas de las que quería hablarte –dijo Arielle entonces–. Ayer me hice la primera ecografía.

–¿Y qué voy a tener, un nieto o una nieta?

–Pues en realidad aún es pronto para saber el sexo, ¿pero qué te parece otro par de mellizos en la familia?

Al otro lado de la línea hubo un silencio.

–¿Mellizos? –exclamó Emerald por fin–. ¿En serio?

–Sí, en serio.

–¡Pero eso es maravilloso! ¿Se lo has contado a tus hermanos? Se van a llevar una alegría tremenda.

–Los llame ayer cuando volví del ginecólogo.

–¿Y cómo se han tomado la noticia?

–Decir que se quedaron sorprendidos es poco –rió Arielle–. Al principio les molestó que hubiera tardado tanto en contárselo, pero se olvidaron del asunto enseguida para preguntar quién era el padre.

–¿Y qué les has dicho?

–No tuve que decirles nada porque Zach estaba conmigo –suspiró Arielle–. Cometí el error de llamarlos con él sentado a mi lado y, aunque le pedí que no dijese nada, les contó que él era el padre y que íbamos a casarnos este fin de semana.

–¿Vas a casarte con Zach Forsythe, el magnate hotelero?

–No, no voy a casarme con Zach Forsythe.

–Ya veo –Emerald hizo una pausa, como si se hubiera dado cuenta de que había metido la pata–. ¿Cómo lo has encontrado, por cierto?

–Dímelo tú –dijo Arielle, sabiendo ahora con total certeza que Emerald había organizado el encuentro porque ella no le había dicho quién era Zach.

–¿Yo? ¿Por qué crees que yo tengo algo que ver? –protestó su abuela, toda inocencia.

–Pues claro que lo sabes, Emerald. Tú sabías que estaba embarazada y seguro que tu equipo de investigadores privados descubrió quién era el padre y dónde vivía. ¿Por qué no me lo contaste en lugar de comprar el colegio en el que estudia su sobrino?

Afortunadamente, Emerald no se molestó en negarlo.

–No quería meterme en tus cosas, cariño.

–Desde luego, no tienes precio –tuvo que reír Arielle–. Ya me he enterado cómo mis hermanastros conocieron a sus esposas

gracias a tus dotes de casamentera.

–Sí, eso salió muy bien –reconoció Emerald, que no parecía en absoluto arrepentida–. Caleb, Nick y Hunter son muy felices ahora y me han dado las gracias por intervenir.

–¿Eso es lo que estás haciendo con nosotros? ¿Crees que hacer que Zach y yo nos encontremos va a terminar en boda?

–Hay una posibilidad, cielo.

Pensando que sería inútil intentar convencerla de lo contrario, Arielle respiró profundamente.

–No sé si puedo confiar en él.

–Imagino que debe ser difícil después de lo que pasó en Aspen –concluyó Emerald–. Pero dale una oportunidad. Seguro que hay una explicación razonable para su desaparición. Lo que pasó entre Zachary y tú no tiene nada que ver con lo de tu madre y tu padre.

–Tú sabías por qué se había marchado esa mañana, ¿verdad? ¿Por qué no me lo contaste?

–Mira, tengo que colgar –dijo Emerald entonces–. Por favor, llámame en cuanto puedas para contarme cómo va todo entre vosotros.

Antes de que Arielle pudiese decir otra palabra su abuela colgó, dejándola frustrada y preguntándose cuántas cosas sabría sobre su vida. ¿Y por qué estaba todo el mundo tan seguro de que debía darle otra oportunidad a Zach?

Primero sus hermanos y ahora Emerald la animaban a hacerlo, pero todos parecían olvidar un factor tremendamente importante: no eran ellos los que estaban en peligro de que les rompieran el corazón.

–¿Qué pasa, Arielle?

Ella volvió la cabeza al oír la voz de Zach, que había entrado en el salón con una toalla en la cintura.

Y ver ese ancho torso masculino la dejó sin aliento. Zach Forsythe era sin la menor duda el hombre más sexy del planeta.

–Nada, no pasa nada. ¿Por qué lo preguntas?

–Porque tienes el ceño fruncido.

–Es que estaba pensando en una cosa… no importa, déjalo.

–¿Hay algún problema en el colegio?

Arielle negó con la cabeza mientras intentaba no mirar el maravilloso cuerpo semidesnudo.

–No, ningún problema. Marylou se encargará de todo durante

mi ausencia.

–Estupendo –dijo él, tirando de su mano para ayudarla a levantarse del sofá–. Hay algo que quiero que hagamos los dos juntos y no incluye ir al trabajo.

Arielle puso las manos sobre su torso.

–¿Qué tienes en mente?

–Ya lo verás –dijo Zach, mordisqueando su labio inferior antes de apartarse–. Ve a vestirte mientras llamo al chófer para que me traiga algo de ropa. Si no, acabaremos haciendo el amor todo el día y nos perderemos lo que tengo preparado.

Mientras él llamaba al chófer, Arielle intentó recordar por qué debía tener cuidado. Cuanto más la besaba y la abrazaba, más fácil era olvidar el peligro que suponía para su corazón.

Pero eso era algo que no podía permitirse. Por muchos miembros de su familia que insistieran en darle a Zach una segunda oportunidad no había garantías de que la situación no acabara siendo la misma que la de sus padres.

Cuando el jet privado aterrizó en el aeropuerto de San Antonio, Zach se quitó el cinturón de seguridad y alargó la mano para desabrochar el de Arielle. Iba a hacerle el olvidar sus dudas por lo de Aspen. Quería que lo olvidase todo salvo a él.

–¿Estás lista para pasarlo bien? –sonrió.

–Nunca he estado en San Antonio.

Zach pensó que estaba absolutamente radiante. Llevaba un vestido de color verde menta que destacaba el tono pardo de sus ojos y su complexión clara y una coleta que dejaba al descubierto sus hombros y su largo cuello.

Sólo con mirarla su corazón empezaba a hacer cosas raras dentro de su pecho. Iba a tener que hacer un esfuerzo sobrehumano para calmarse si no quería pasar todo el día con una erección.

Lo único que quería era explorar cada centímetro de su satinada piel y pasar todo el día haciendo el amor con ella…

–He pensado que podríamos comer en el paseo, frente al río, y dar un paseo por el mercadillo. Y luego tal vez podríamos ir a dar una vuelta en un coche de caballos –le dijo, intentando controlarse.

También había pensado alquilar un barco para llevarla por el río, pero al final decidió no hacerlo. Arielle podría marearse y era un riesgo que no quería correr.

–Suena bien –dijo ella.

–Después tendremos que volver a Dallas para cenar.

–Yo esperaba ver El Álamo. Me han dicho que es un sitio interesante.

Zach asintió con la cabeza.

–Sí, claro, no te traería a San Antonio sin llevarte a ver El Álamo. Sería un sacrilegio.

–¿Está hablando su orgullo texano, señor Forsythe? –rió Arielle.

Sonriendo, Zach la tomó por la cintura para ayudarla a entrar en la limusina.

–Los texanos somos así.

Fueron en silencio hasta el paseo que rodeaba el río y cuando llegaron a la terraza que Zach había elegido para comer por fin había empezado a serenarse un poco.

–Esto es maravilloso –dijo Arielle, mirando el paseo, convertido en un mercadillo lleno de puestos y terrazas–. Tenemos que ir a ver los puestos después de comer.

Zach apartó un asiento bajo una sombrilla azul y luego se sentó frente a ella.

–También hay una heladería estupenda. ¿Te gustan los helados?

–Muchísimo.

–¿Cuál es tu sabor favorito?

–Chocolate con menta o chocolate con trocitos de caramelo.

–Ah, está claro que te gusta el chocolate.

–¿Y cuál es tu sabor favorito?

–Vainilla.

Arielle lo miró como si le hubieran salido dos cabezas

–¿Vainilla? Lo dirás de broma. ¿Entre cientos de sabores eliges algo tan aburrido como la vainilla? ¿Dónde está tu sentido de la aventura?

–Algunas veces soy muy aventurero –respondió Zach, pensando en algo mucho más emocionante que tomar un helado–. A veces incluso le pongo canela por encima.

–Uf, qué miedo. ¿No te parece un riesgo tremendo?

–¿Qué puedo decir, cariño? Soy un valiente.

Un camarero se acercó entonces para ofrecerles la carta, interrumpiendo la burlona conversación. Y después de pedir lo que querían, Zach notó que Arielle sonreía mientras observaba un barco.

–En el próximo viaje iremos a dar un paseo por el río.

–Eso me gustaría mucho. Y gracias por traerme aquí, Zach. Todo está tan lleno de color, de vida. Es absolutamente maravilloso.

El camarero volvió poco después con los platos y comieron charlando sobre la cocina de Texas, sobre las costumbres de la gente de por allí… y Zach vio que Arielle comía con apetito.

–¿Por qué no compramos un helado y lo tomamos mientras damos un paseo?

–No sé… creo que he comido demasiado –suspiró ella, llevándose una mano al estómago–. A lo mejor deberíamos dejar el helado para otro momento.

Zach pagó la cuenta con su tarjeta de crédito y se levantó, sin mirarla.

–¿Quieres que vayamos a ver los puestos?

–No, en realidad no necesito nada.

–Me gustaría comprar algo para que recuerdes este día, Arielle –sonrió Zach, tomando su mano para llevarla a uno de los puestos y poner en marcha la primera parte de su plan.

–No, en serio, no hace falta.

–¿Qué tal éste? –insistió él, parándose frente a un puesto de bisutería–. Mira, este anillo es muy bonito.

–Sí, me encanta. Pero no tienes que…

Zach puso un dedo sobre sus labios.

–Quiero hacerlo.

–Es de plata y cristal –dijo el vendedor, como si hubiera estado esperando la oportunidad para intervenir.

Zach le guiñó un ojo a su amigo Juan Gómez, propietario y diseñador de joyas muy conocido en Dallas.

–¿Por qué no te lo pruebas? Si no te queda bien lo dejaremos aquí para que lo arregle.

–Bueno, está bien –sonrió ella, poniéndolo en su dedo. Era un anillo precioso y la piedra brillaba mucho–. De acuerdo, pero me queda un poco grande.

–Eso no es ningún problema –dijo el hombre, tomando la medida de su dedo–. Va a quedar perfecto.

–Nos lo quedamos –sonrió Zach, sacando la cartera del bolsillo–. Si lo tiene listo para cuando volvamos de dar un paseo, le pagaré el doble de lo que vale.

–Sí, señor –sonrió Juan.

–No puedes hacer eso –protestó Arielle.

Y Zach pensó que nunca le había parecido más deseable.

–Pues claro que puedo –anunció, dándole a su viejo amigo un puñado de billetes para que la transacción pareciese auténtica–. Le dejo eso como depósito. Volveremos dentro de una hora y si tiene listo el anillo le daré el doble de lo que vale.

Su plan había funcionado de maravilla y Arielle no sospechaba nada. Ella no podía saber que el anillo era de oro blanco y que la piedra no era un cristal sino un diamante de la mejor calidad. Y tampoco sospechaba que el dueño del puesto se habría marchado cuando volvieran.

Juan estaría de vuelta en Dallas ajustando un anillo de compromiso único y Zach podría tachar una cosa más de su lista de cosas que hacer antes de la boda.

Capítulo Siete

–Sigo sin creer que el vendedor se haya marchado con el anillo y el dinero –suspiró Arielle.

Cuando volvieron a buscar el anillo por la tarde el puesto de bisutería había desaparecido. Y aunque habían pasado horas desde que volvieron a Dallas, incluso habían cenado ya en un magnífico restaurante e iban a visitar el primer hotel que había construido Zach, Arielle seguía echando humo.

Considerando que Zach era multimillonario no tenía la menor importancia para él. Y la verdad era que el dinero tampoco significaba nada para ella después del fideicomiso que Emerald había puesto a su nombre.

Pero las viejas costumbres no morían nunca. Desde que terminó la carrera y consiguió un trabajo como profesora, Arielle había vivido de su sueldo, a veces con dificultades para llegar a fin de mes. Había aprendido a estirar el sueldo todo lo posible y hasta unos meses antes el dinero que Zach le había dado a aquel hombre representaría el pago del alquiler.

–Esas cosas pasan –dijo él, encogiéndose de hombros filosóficamente–. Lo único que me preocupa es que tú te hayas disgustado.

Estaban entrando en ese momento en el hotel y Arielle se detuvo para admirar las elegantes puertas de caoba.

–No, no es eso. Es que me parece increíble.

–No quiero que sigas pensando en el anillo, el dinero o el hombre del puesto. No es para tanto. Y si estás disgustada por el anillo te compraré otro.

–No es el anillo –suspiró ella–. Es el engaño.

–Vamos a olvidarnos del asunto –insistió Zach, tomando su mano–. Quiero enseñarte el hotel y pedir tu opinión sobre una cosa.

Arielle decidió hacer lo que sugería. Si a él no le importaba que le hubiesen engañado era absurdo dejar que les estropease la noche.

Cuando el portero uniformado les abrió la puerta, saludando a Zach con aire de respeto, Arielle se quedó sorprendida. Desde el

mostrador de granito negro al suelo de mármol italiano o los caros cuadros que adornaban las paredes, todo estaba perfectamente coordinado. Y, aunque lujoso, el vestíbulo tenía un aspecto acogedor.

–Es absolutamente maravilloso –suspiró, mirando alrededor–. No puedo creer que fuera tu primer hotel.

Él pareció muy satisfecho con el cumplido. –En realidad no es mérito mío. Mi hermana eligió los colores, los muebles y los cuadros.

–Pues hizo un trabajo estupendo –comentó ella–. ¿Tu hermana te ayuda a decorar todos los hoteles?

Zach asintió con la cabeza mientras la llevaba por un pasillo.

–Yo elijo el estilo y Lana se pone a trabajar con los colores, las telas y los materiales –respondió, abriendo una puerta que daba a un patio interior–. Pero es esto sobre lo que necesito tu opinión. ¿Qué te parece?

Arielle miró la fuente del centro, las plantas y flores que había alrededor y el suelo de mármol y pensó que era un sitio precioso.

–Me encanta, es un sitio muy bonito.

–Mi intención era convertirlo en un salón para los clientes –dijo él, bajando los escalones para acercarse a la fuente–. Pero la verdad es que no suelen pasar por aquí y estaba pensando usar-lo para otro propósito.

–Imagino que el campo de golf anexo al hotel tiene mucho que ver con que los clientes no pasen por aquí –sonrió ella–. Pasarán por delante sin darse cuenta.

–Sí, seguramente es por eso. Uno de mis empleados sugirió hace poco que podríamos alquilarlo para organizar eventos, banquetes y cosas así. ¿Te parece una buena idea?

–Me parece una idea estupenda –asintió Arielle–. Los bancos de hierro forjado y las mesas de patio podrían colocarse de manera distinta para diferentes ocasiones. Podría ser como la terraza de un club de campo o algo así. Incluso podrías alquilarlo para organizar bodas.

–¿Tú crees? –preguntó Zach, como si estuviera pensándoselo–. Sí, es verdad, podría usarse para ceremonias pequeñas.

Cuando metió las manos en los bolsillos del pantalón y miró alrededor, a Arielle le pareció más guapo que nunca. No se había molestado en ponerse corbata y llevaba la camisa blanca con dos

botone desabrochados, eso que las revistas de moda llamaban «elegancia informal». Aunque a ella le parecía increíblemente sexy.

–Supongo que no perdería nada por intentarlo –sonrió, acercándose para abrazarla–. ¿Quién sabe? Incluso podría ser un éxito.

–Seguro que se convertiría en un sitio muy popular entre la élite de Dallas… para sus reuniones íntimas.

Su traviesa sonrisa hizo que Arielle sintiera un escalofrío.

–Siempre me han gustado las reuniones íntimas, pero no es una palabra que haya asociado nunca con más de dos personas.

–¿En serio?

Él asintió con la cabeza.

–Mi definición es más bien… –Zach buscó sus labios– tú y yo… solos. Haciendo el amor.

La chispa de deseo que había en sus ojos verdes y su voz ronca despertaron un incendio en su interior. Un incendio que había empezado la noche anterior y que parecía no haberse apagado del todo.

–¿Zach?

Él buscó sus labios y Arielle le devolvió el beso con el mismo entusiasmo, el roce de su cuerpo despertando un escalofrío de sensualidad femenina.

Por muy a menudo que se recordase a sí misma que dejarse llevar por la tentación era un riesgo, seguía deseándolo con una ferocidad que la hacía olvidar la lógica.

Afortunadamente Zach se apartó poco después, tal vez porque estaban en un sitio público y cualquiera podría verlos.

Pero antes de que pudiese decir nada la tomó de la mano para salir de allí.

–¿Dónde vamos? –le preguntó Arielle, mientras tiraba de ella hacia la salida.

Zach la ayudó a subir a la limusina y le regaló una sonrisa de las que hacían latir su corazón como si fuese un pájaro intentando escapar de su jaula.

–Vamos a casa, Mike –le ordenó al chófer, sin dejar de mirarla a los ojos–. A mi casa.

El viaje desde el hotel le pareció más largo de lo que debería y cuando la limusina atravesó la verja de hierro, Zach estaba tan tenso como las cuerdas de un violín bien afinado. Esperaba que

Arielle protestase por llevarla a su casa, pero afortunadamente no había dicho una sola palabra.

Por supuesto, él no le había dado oportunidad. Mientras la besaba había visto en sus ojos el mismo brillo de deseo que debía haber en los suyos y había tenido que sacarla del hotel a toda prisa.

Además, había visto a varias personas fijándose en ellos y eso podría ser un problema. Lo último que deseaba era ver una fotografía de los dos en las revistas de cotilleos especulando sobre su relación. Estaba seguro de que a Arielle no le gustaría nada y eso podría estropear sus planes.

En cuanto el chófer detuvo la limusina frente a la mansión, Zach abrió la puerta y la ayudó a salir.

–Ve mañana al rancho con mi jefe de seguridad para buscar mi coche –le indicó al chófer–. Y el sábado tienes que ir a buscar a los hermanos de la señorita Garnier al aeropuerto, pero durante estos días viajaremos por nuestra cuenta.

El normalmente serio conductor asintió con una sonrisa.

–Muy bien, señor Forsythe.

Zach tomó a Arielle por la cintura y ninguno de los dos dijo una palabra mientras pulsaba el código de seguridad para desactivar la alarma. Cuando por fin entraron en el vestíbulo se preguntó si ella sabría que iba a pasar la noche allí. La idea de tenerla en su cama lo excitaba como nada…

Pero cuando se volvió para mirarla se le cayó el corazón a los pies. Porque en lugar de mirarlo con deseo parecía a punto de desmayarse. Y por mucho que quisiera hacerlo, no podía ignorar que un día de ininterrumpida actividad la había dejado completamente agotada.

–Creo que es hora de irnos a la cama, cariño. Vas a dormirte de pie.

–Debería haberle dicho al chófer que me llevase a casa –murmuró ella–. La verdad es que estoy muy cansada.

–No, eso habría sido peor. Tu apartamento está más lejos y habrías tardado mucho más en irte a dormir.

–Sí, bueno, imagino que tienes razón –asintió Arielle mientras subían la escalera–. No sé por qué, pero de repente no puedo tener los ojos abiertos.

Cuando entraron en el dormitorio principal Zach encendió una de las lámparas y la llevó a la cama.

–No te has echado la siesta esta tarde, es por eso.

Ella bostezó, sacudiendo la cabeza.
–No debería estar aquí. No tengo un camisón ni un cepillo de dientes. Zach sonrió mientras apartaba el embozo de la cama.

–No necesitas un camisón, cielo. Y no te preocupes por el cepillo de dientes, yo tengo varios sin usar. Pero si así te sientes mejor, puedes ponerte esto –dijo luego, sacando un pijama de seda de la cómoda. Alguien se lo había regalado en Navidad, pero no lo había usado nunca porque prefería dormir desnudo.

Arielle entró en el cuarto de baño y volvió unos minutos después… sólo con la camisa del pijama. Tenía un aspecto tan tierno que Zach tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no tomarla entre sus brazos. Pero no quería cansarla más de lo que lo estaba ya y tocarla sólo serviría para enviarlo al baño a darse una ducha de agua fría.

Después de ayudarla a meterse en la cama, le dio uno beso en la frente.

–Que duermas bien.

–¿Tú no te acuestas? –le preguntó ella.

–No –Zach metió las manos en los bolsillos del pantalón–. Voy al gimnasio a entrenar un poco. Volveré dentro de un rato.

Luego salió al pasillo, dejando escapar un suspiro de frustración. Tendría que correr varios kilómetros en la cinta y hacer cientos de abdominales si quería pegar ojo esa noche.

Pero no debería quejarse. Había conseguido otro detalle más para su boda porque Arielle, sin saberlo, le había dado su aprobación sobre el sitio en el que tendría lugar.

Arielle abrió los ojos y tardó un momento en darse cuenta de dónde estaba. Zach la había llevado a su casa la noche anterior y durante el viaje su cuerpo le había recordado que aquel día se había saltado la siesta…

Volviendo la cabeza, miró al hombre que dormía a su lado tumbado boca abajo. Zach había sido tan maravilloso, tan comprensivo con ella cuando se dio cuenta de que estaba demasiado cansada para hacer el amor…

Si antes no estaba enamorada de él se habría enamorado esa noche.

El corazón de Arielle se detuvo durante una décima de segundo al darse cuenta de la realidad.

Lo amaba. Nunca había dejado de amarlo.

Ahora entendía por qué su madre no había sido capaz de decirle que no a su padre por segunda vez. Francesca Garnier estaba tan loca por Owen Larson como ella lo estaba por Zach. Y el amor desafiaba a la lógica.

–¿Qué ocurre, cariño? –le preguntó Zach, poniendo un brazo sobre su estómago.

–Nada –mintió ella–. Es que he tardado un momento en darme cuenta de dónde estaba.

Su perezosa sonrisa hizo que sintiera un escalofrío de deseo.

–Estás donde debes estar. Aquí, conmigo.

–¿A qué hora… volviste a la cama? –le preguntó Arielle, sin aliento.

–No lo sé, después de medianoche, creo –contestó él, apoyándose en los codos para buscar sus labios.

Pero en lugar del beso rápido que había esperado Zach empezó a besarla como si hubiera estado esperando toda la noche y Arielle cerró los ojos, dejando que sus labios la llevasen al cielo; el cálido roce de su lengua haciendo que el deseo volviese, esta vez con más fuerza que nunca.

Un río de lava empezó a correr por sus venas cuando Zach metió la mano bajo la camisa del pijama. Mientras viviera nunca se cansaría de aquel hombre, pensó.

Pero dejó de pensar y se concentró en lo que Zach la hacía sentir. Lo deseaba con una fuerza que la dejaba sin aliento, que hacía que no se diera cuenta de nada más… ni siquiera había notado que Zach desabrochaba la camisa del pijama para acariciar sus pechos.

Pero todo pensamiento racional escapó de su mente cuando empezó a besarla en el cuello, deslizando los labios por sus pechos hasta meter un pezón en su boca.

Al sentir las ardientes caricias de su lengua, mientras la acariciaba entre las piernas con una mano, Arielle dejó escapar un suspiro de gozo.

–¿Te gusta? –murmuró Zach, levantando la cabeza para mirarla mientras le bajaba las braguitas y las tiraba al suelo–. Yo creo que anoche dejamos algo a medias y tenemos que terminarlo ahora, ¿no te parece?

Incapaz de hablar, Arielle asintió con la cabeza. Las caricias se volvieron más audaces y cuando empezó a acariciar sus húmedos

pliegues se arqueó hacia él.

–Zach, por favor…

Él la penetró con un dedo y la tensión en su vientre se volvió insoportable.

–¿Qué quieres, cariño?

–A ti, dentro de mí… ahora.

Sin decir una palabra, Zach capturó sus labios en un beso salvaje y, usando una rodilla para separar sus piernas, se colocó sobre ella. Arielle sintió la punta de su poderosa erección rozándola y cuando empujó hacia delante pensó que iba a morir de placer.

Poniendo las manos a cada lado de su cara, los bíceps más marcados que nunca, Zach se sujetó sobre ella mientras entraba y salía poco a poco hasta encontrar el ritmo que le daba placer. Nunca en su vida se había sentido tan llena, tan parte de él, pensó Arielle.

Zach se apartó y luego volvió a empujar hacia delante, su ardiente mirada clavada en la suya. Se movían juntos en una danza primaria y cada vez que se encontraban, el deseo crecía un poco más. Demasiado pronto, Arielle sintió que sus músculos interiores se contraían y que estaba a punto de llegar al final.

Zach debió notarlo también porque empezó a empujar con más fuerza y, de repente, Arielle sintió que perdía el control, que estaba viajando en un túnel sin principio ni final. Tenía los ojos cerrados, pero creía ver fuegos artificiales y las olas de placer hacían que tuviera que agarrarse a sus brazos.

Cuando la tormenta empezó a amainar, sintió que Zach se quedaba inmóvil durante un segundo mientras echaba la cabeza hacia atrás, dejando escapar un gemido ronco. Sus musculosos brazos temblaban por el esfuerzo que hacía para no caer sobre ella y todo su cuerpo se convulsio
nó con la fuerza del orgasmo.

Luego se apartó y cayó a su lado, jadeando.

–¿Estás bien?

–Estoy muy bien, gracias –sonrió Arielle, apoyando la cabeza en su pecho.

Zach acarició su mejilla antes de inclinar la cabeza para darle un beso en los labios.

–¿Por qué me das las gracias? Soy yo quien debería dártelas a ti.

–Aunque estoy embarazada y empiezo a sentirme un poco

gorda, tú me haces sentir sexy.

–Porque lo eres, cariño –rió Zach–. Sólo tengo que mirarte y me enciendo como nunca.

Sintiéndose más relajada y completa que en mucho tiempo, Arielle no podía mantener los ojos abiertos.

–Yo creo que… descansaré un momento antes de… levantarme.

–Aún es temprano. ¿Por qué no duermes un poco más?

Cuando no contestó, Zach se dio cuenta de que había vuelto a quedarse dormida. Tenía razón, pensó, sin poder evitar una sonrisa: Arielle podía quedarse dormida en un segundo.

Mientras estaba así, abrazándola, decidió que él no podía permitirse el lujo de dormir. Tenía muchos planes que poner en marcha. Quedaban tres días antes de que los hermanos de Arielle llegasen a Dallas y para entonces tendría que estar totalmente convencida de que casarse era lo mejor para los dos. Arielle debería haberse comprometido a pasar por el altar cuando sus hermanos llegasen.

Después de mirar el despertador se inclinó para darle un beso en la mejilla y luego saltó de la cama. Necesitaba darse una ducha rápida, tomar una taza de café bien fuerte y hacer un par de llamadas a algunos amigos para poner el asunto en marcha.

Y lo primero que debía hacer aquel día era llamar a Juan Gómez para ver si podía ir a buscar el anillo de compromiso.

Silbando una alegre melodía mientras tomaba su ropa del vestidor, Zach entró en el baño y se metió en la ducha. Todo estaba saliendo como él esperaba y Arielle sería la señora Forsythe a finales de esa semana.

Como le había prometido.

Capítulo Ocho

Arielle encontró a Zach en el saloncito del dormitorio principal, leyendo el periódico. Con un pantalón vaquero y un polo verde oscuro, estaba tan guapo como siempre.

–¿Por qué no me has despertado?

Él levantó la mirada, con una sonrisa en los labios.

–Pensé que querrías dormir un rato más –respondió, doblando el periódico y levantándose para darle un beso en la frente–. ¿Tienes idea de lo preciosa que estás con esa bata?

Un delicioso escalofrío de emoción la recorrió por entero cuando empezó a besar su cuello.

–Yo… es que no he encontrado otra cosa que ponerme.

–Creo que es la primera vez que alguien se la pone.

–Lo dirás de broma –sonrió Arielle, mirando la bata de seda negra–. ¿Tú no te la pones nunca?

–No, qué va –Zach se encogió de hombros–. ¿Para qué voy a usar una bata sólo para ir del vestidor al baño cuando puedo ponerme una toalla?

–¿Y si tienes invitados?

La mirada masculina aceleró su pulso, como ya era habitual.

–Cariño, la única persona que está conmigo en el dormitorio eres tú y tenía la impresión de que te gustaba que no tuviera inhibiciones.

Antes de que pudiera decirle que era incorregible, Zach tomó un teléfono y pulsó un botón.

–Ya puedes subirnos el desayuno, María.

–Sí, señor Forsythe. Lo llevaré enseguida –Arielle oyó una voz femenina al otro lado.

–Zach, podríamos haber bajado a desayunar –protestó.

–No –dijo él, tomando su mano–. Debes comer lo antes posible para no tener náuseas.

–Pero no estoy acostumbrada a que me sirvan.

–Lo entiendo, cariño. A mí también me gusta hacer las cosas por mí mismo algunas veces, pero te dije que iba a cuidar de ti y eso es lo que estoy haciendo. Por eso quiero que tomes el desayuno lo antes posible. Además, tienes que conservar las fuerzas.

–¿Por qué?

–Porque tengo algo planeado que creo que te gustará tanto como el viaje a San Antonio –contestó Zach, acercándose a la puerta cuando oyó un golpecito.

Una mujer de mediana edad y bonitos ojos castaños entró en la habitación con una bandeja en la mano y sonrió después de que Zach hiciera las presentaciones.

–Encantada de conocerla. Si quiere tomar algo especial de desayuno mañana, dígamelo.

–Gracias, María –sonrió Arielle–. Pero dudo que…

–Si queremos algo especial, te lo haremos saber –la interrumpió Zach.

La cocinera asintió con la cabeza.

–Que disfruten del desayuno.

Cuando la puerta se cerró tras ella, Arielle arrugó el ceño.

–¿Por qué cree María que voy a estar aquí mañana?

–Probablemente porque yo le he dicho que estarías aquí a menudo a partir de ahora –le confesó él, levantando la tapa de una bandeja.

–¡Zach!

–No te enfades, no le he dicho que vayas a estar aquí indefinidamente. Venga, vamos a desayunar. Tenemos un día muy largo por delante.

Arielle estaba a punto de protestar, pero el delicioso aroma que salía de las bandejas era demasiado tentador y decidió sentarse para probar la tortilla.

–Oh, qué rica… –murmuró, cerrando los ojos para saborear el primer bocado–. Esta buenísima.

–Te juro que María tiene un toque mágico. No sé cómo lo hace.

Comieron en silencio y Arielle estaba ahíta cuando terminó el último pedazo de tostada.

–No me atrevo a comer aquí a menudo –comentó, dejando el tenedor sobre el plato–. Engordaría una barbaridad.

–Se supone que debes engordar. Estás embarazada de mellizos –sonrió Zach.

–Lo sé perfectamente, pero hay que controlar el peso de todas formas.

–¿Por qué?

–¿Cómo que por qué? La comida de María es tan rica que podría engordar más de lo que me ha recomendado mi ginecóloga

–Arielle se levantó para ir al baño, esperando que Zach dejase de mirarla con esa cara de preocupación–. Bueno, mientras me visto, ¿por qué no bajas la bandeja a la cocina y luego me llevas a casa?

–¿A casa? –repitió Zach, pensativo.

–¿No has dicho que teníamos planes para hoy? –sonrió Arielle–. Pues entonces tengo que ir a casa a ponerme algo decente.

–Ah, claro –él pareció relajarse mientras tomaba la bandeja–. Venga, ve a vestirte. Vuelvo en unos minutos.

–Muy bien.

Mientras la veía entrar en el cuarto de baño, Zach se enfadó consigo mismo por sacar conclusiones precipitadas. Pero cuando Arielle dijo que no quería engordar demasiado había recordado a su ex prometida y su intención de no comer para interrumpir el embarazo…

Mientras bajaba la escalera sacudió la cabeza, apartando de sí tan infundadas sospechas. Arielle no se parecía nada a Gretchen y ya era hora de dejar de hacer absurdas comparaciones entre las dos. Arielle estaba encantada con el embarazo y sólo había mostrado felicidad ante la idea de tener mellizos.

Respirando profundamente, Zach entró en la cocina. De todas formas estaría más tranquilo cuando se hubieran casado. Porque estaba casi seguro de que Arielle iba a decir que sí.

Y si todo iba como había planeado, tendría la respuesta a final de ese mismo día.

Después de pasar por su apartamento para ponerse un vestido veraniego y unos zapatos planos, Arielle entró en el coche preguntándose dónde iba a llevarla esta vez. Aunque en realidad le daba igual dónde fueran porque estaba disfrutando mucho de esos días de vacaciones con él.

Sabía que era una locura, pero no podía evitarlo. Amaba a Zach, no había dejado de amarlo desde que lo conoció y entendía ahora por qué su madre no había sido capaz de olvidar a su padre. Y como le había pasado a su madre, había una posibilidad de que Zach le rompiese el corazón.

Pero decidió dejar de darle vueltas a la cabeza al ver que la llevaba al arboreto de Dallas.

–Me encantan los jardines. ¿Cómo lo has sabido?

–Me gustaría poder decir que tengo un sexto sentido para eso, pero no es verdad –rió Zach–. Pensé que a la mayoría de las

mujeres les gustan las flores, de modo que era una apuesta más o menos segura.

–Pues es muy buena idea –sonrió Arielle.

Cuando bajaron del coche Zach tomó una mochila del asiento trasero que ella no había visto.

–¿Qué llevas ahí?

–La merienda. Le he pedido a María que nos hiciera algo fácil y rico –contestó él, echándose la mochila al hombro y tomando su mano.

–Qué bien –sonrió Arielle–. Hace años que no voy de merienda a un parque. Por lo menos sin docenas de alumnos de preescolar detrás de mí.

–Ah, otro punto para Zach –rió Zach.

–¿Ahora estás intentando ganar puntos?

–Cariño, llevo intentando ganar puntos desde que entré en tu despacho el viernes pasado.

Arielle podría haberle dicho que lo estaba consiguiendo, pero mientras paseaban no podía dejar de admirar los acres de hierba y setos perfectamente conservados, los macizos de flores de todas las tonalidades. Era un parque precioso. Disfrutar de la fresca brisa y del hermoso paisaje con Zach era una delicia y antes de que se diera cuenta estaban en un merendero entre altos nogales.

–¿En qué piensas? –le preguntó Zach mientras dejaba la mochila sobre una larga mesa de madera.

–En nada, estoy muy contenta.

–María me ha dicho que tenemos bocadillos de pavo al horno y queso suizo, una ensalada de verduras y zumo de manzana. Espero que te guste.

–Estoy muerta de hambre, así que me encanta –dijo Arielle, ayudándolo a extender el mantel–. Pero es que últimamente siempre tengo hambre.

–Desde luego –rió él mientras le daba platos y cubiertos–. Pero es comprensible porque vas a tener mellizos.

–Mi madre me dijo una vez que comía tanto cuando estaba embarazada de Luke y Jake que engordó treinta kilos –Arielle colocó los platos y los cubiertos sobre la mesa mientras Zach servía el zumo de naranja en los vasos–. Es curioso que pueda recordar eso, pero no recuerde el sonido de su voz.

–¿No me contaste que tenías diez años cuando murió en un accidente de tráfico? –le preguntó Zach.

–Sí, así es.

–Pues eso fue hace mucho tiempo y tú eras sólo una niña. El tiempo hace que uno olvide esas cosas.

–Sí, claro, imagino que tienes razón.

Arielle pensó en la semana que habían pasado en Aspen y en todos los detalles de su vida que le había contado. Sin embargo, Zach no le había contado casi nada de sí mismo y, aparte de su nombre, su profesión y el hecho de que tuviera una hermana y un sobrino, en realidad no sabía nada sobre él.

–¿Y tus padres? –le preguntó entonces–. ¿Están vivos?

Él negó con la cabeza mientras colocaba los bocadillos sobre los platos.

–Mi madre murió cuando yo tenía seis años. Hubo complicaciones en el parto de Lana y murió unos días después.

–Ah, lo siento.

–Han pasado casi treinta años y lo único que recuerdo de ella es que le encantaba hacer galletas y leerme cuentos por las noches –Zach se dejó caer sobre el banco, frente a ella–. Cuando murió, mi padre contrató a Mattie para que cuidase de Lana y de mí mientras él trabajaba en el rancho. Pero murió de un infarto cuando yo estaba en el primer año de universidad.

Arielle, con el corazón encogido, alargó una mano para apretar la suya. –Imagino que tuvo que ser muy difícil par ti y para tu hermana.

–Lana acababa de nacer cuando mi madre murió, de modo que no se acuerda de ella. Pero los dos sufrimos mucho cuando murió mi padre –admitió él, apartando la mirada–. ¿Y tu padre? ¿Sigue vivo? No recuerdo que lo mencionases.

Arielle negó con la cabeza mientras servía la ensalada. –No hay mucho que contar. La verdad es que nunca lo conocí y mis hermanos tampoco.

–¿No?

–Mis hermanos y yo descubrimos hace poco que murió en un accidente de barco.

Zach la miró, sorprendido.

–Lo siento mucho.

–No, bueno… la verdad es que no se echa de menos lo que nunca se ha tenido.

Cuando sus miradas se encontraron Arielle se mordió los labios,

pensativa. No sabía mucho sobre su padre y al no haberlo conocido ni siquiera lo había mencionado cuando se conocieron en Aspen, pero tal vez había llegado el momento de contarle a Zach lo que había descubierto recientemente sobre él. Tal vez así entendería por qué le había dolido tanto su desaparición. Y por qué tenía miedo de que le pasara lo mismo que le había pasado a su madre.

Tenían que empezar por algún sitio o jamás conseguirían confiar el uno en el otro y la realidad era que debían cuidar juntos de dos niños.

–La relación entre mi padre y mi madre fue de todo menos convencional –empezó a decir–. Estuvieron juntos en dos ocasiones, con diez años de diferencia, y sólo durante unos meses cada vez. Pero las dos aventuras acabaron en embarazo.

Zach permaneció callado un momento, pensando en lo que acababa de decir.

–Es una pena que las cosas no funcionaran entre ellos –dijo luego, mordiendo su bocadillo–. ¿Tu madre nunca encontró a otro hombre?

–No –contestó Arielle–. Mereciese la pena o no, mi padre fue el único amor de su vida y nunca quiso a nadie más. Pero la historia no termina ahí.

Él levantó una ceja.

–¿Hay más?

Aquélla era la parte más compleja, pensó Arielle.

–Hace un par de meses, el representante de mi abuela paterna se puso en contacto con mis hermanos y conmigo. Fue entonces cuando descubrimos la verdadera identidad de mi padre.

Zach dejó el bocadillo sobre el plato.

–¿Le había mentido a tu madre sobre su identidad?

Era evidente que acababa de entender el paralelismo con su situación.

–Nuestro padre usó un nombre falso y mi madre nunca supo que el hombre del que estaba enamorada no era quien decía ser. Y durante los diez años que pasaron entre un encuentro y otro tampoco supo que había tenido tres hijos más con tres mujeres diferentes. Con ninguna de las cuales se molestó en casarse, por cierto.

–¿Y él sabía que tenía todos esos hijos?

–Sí, lo sabía –contestó ella.

Zach arrugó el ceño, dejando claro que no aprobaba ese

comportamiento.

–¿Y no se ofreció a ayudar a ninguna de esas mujeres con los niños? ¿No les pasaba una pensión?

–No –contestó Arielle.

–¿Pero qué clase de persona era? –exclamó él, atónito–. ¿Cómo puede un hombre abandonar a sus hijos de esa manera?

–No lo sé –contestó ella–. Aparentemente, ser un mentiroso irresponsable que enamoraba a las mujeres y luego las dejaba plantadas era uno de sus defectos.

Zach se levantó y dio la vuelta a la mesa para sentarse en el banco y tomarla entre sus brazos.

–Te doy mi palabra de que yo nunca abandonaré a los niños.

–Vas a ser un padre estupendo, lo sé –asintió Arielle.

–O moriré en el intento –sonrió Zach–. Y sé que tú vas a ser la mejor madre del mundo.

–Voy a intentarlo por lo menos.

Un repentino golpe de viento amenazó con hacer volar el almuerzo y Arielle se dio cuenta de que se había desatado una tormenta.

–Me temo que vamos a calarnos.

–Será mejor que lo guardemos todo y volvamos al coche lo antes posible –respondió él.

–Buena idea –Arielle lo ayudó a guardar las cosas en la mochila y a tirar los restos de la merienda a una papelera.

–Además, de todas formas teníamos que volver a casa –dijo Zach entonces.

–¿Por qué?

–Tengo que hacer un par de cosas mientras tú te echas la siesta.

Cuando la ayudó a subir al coche su sonrisa envió un escalofrío de anticipación por todo su cuerpo y supo que estaba tramando algo.

–¿Se puede saber qué tienes planeado para hoy?

Había suficientes vatios en la sonrisa de Zach Forsythe como para iluminar toda la ciudad de Dallas.

–Tendrás que esperar para verlo, cariño. Pero te va a encantar.

–¡Me encanta! –exclamó Arielle con los ojos cerrados, saboreando el helado de chocolate con menta.

–Ya me lo imaginaba –rió él–. Por eso lo he hecho traer hasta aquí desde San Antonio.

Ella abrió los ojos, atónita. Estaban en el restaurante de su hotel en Dallas. ¿Cómo podía…?

–¿Has traído el helado desde San Antonio? –exclamó–. No me lo puedo creer. Pero si yo no habría notado la diferencia aunque fuese un helado comprado en cualquier puesto de la calle...

–Pero yo sí lo habría notado –sonrió Zach–. Además, prometí comprarte ese helado y aquí está –la ternura que había en sus ojos verdes le robó el aliento–. Y a menos que haya una muy buena razón yo siempre cumplo mis promesas, cariño.

–¿Siempre? –le preguntó ella, sabiendo que se refería a algo más importante que el helado.

Él asintió con la cabeza mientras se levantaba de la silla.

–Ven conmigo.

–¿Dónde vamos? –le preguntó Arielle mientras salían del restaurante.

–A un sitio un poco más privado –contestó Zach, tomándola por la cintura. Atravesaron el vestíbulo del hotel y pronto llegaron a la puerta del patio que le había enseñado el día anterior–. Cierra los ojos.

–Estás siendo muy misterioso.

–Es otra sorpresa –rió él–. Venga, cierro los ojos.

Cuando Arielle hizo lo que le pedía, Zach abrió las puertas del patio y la guió hasta el interior. Pero incluso con los ojos cerrados se daba cuenta de que estaban completamente a oscuras.

–¿Zach?

–Ya puedes mirar, cariño –dijo él, después de pulsar un interruptor.

Arielle abrió los ojos y… se quedó extasiada al ver cientos de diminutas luces enredadas entre las plantas. Incluso la fuente estaba adornada con ellas, haciendo que las gotas de agua pareciesen una pequeña cascada de diamantes.

–Es precioso –murmuró–. ¿Cómo has hecho todo esto en tan poco tiempo?

–Uno puede conseguir todo lo que quiera si está dispuesto a pagar el precio adecuado –Zach la tomó del brazo para bajar los escalones y llevarla a una mesa cubierta por un inmaculado mantel de lino blanco–. He pensado que te gustaría ver cómo quedaría el patio para esas reuniones íntimas de las que hablábamos ayer.

–Es perfecto –murmuró Arielle, dejándose caer sobre una silla–. Parece algo así como lo que debió ver Cenicienta cuando llegó al

baile.

–Me alegro muchos de que te guste –sonrió él, sentándose a su lado.

Mientras admiraba la elegancia del patio la intuición de Arielle le dijo que había algo más, que estaban allí para algo. No sólo porque quisiera su aprobación.

–Zach, ¿qué ocurre? ¿Por qué me has traído aquí?

Su sonrisa la hizo sentir un cosquilleo en el estómago.

–Arielle, ¿me quieres?

Ella lo miró, sorprendida.

–Pensé que habíamos acordado no…

–Contéstame a la pregunta, cariño.

El tiempo pareció detenerse mientras lo miraba a los ojos. Podría decirle que no, pero los dos sabían que era mentira.

–Sí –contestó por fin, sorprendida de lo firme que sonaba su voz considerando que su cuerpo había empezado a temblar de manera incontrolable.

–Entonces, ¿me harías el honor de ser mi esposa? –le preguntó Zach entonces, sacando del bolsillo el anillo que había comprado en San Antonio y que Arielle creía desaparecido.

–Pero habíamos acordado que no insistirías en la boda… –No insisto en que nos casemos, cariño. Insisto en que te cases conmigo.

Arielle quería decir que sí con todo su corazón porque nada le gustaría más que ser su esposa y vivir con él para siempre pero, aunque Zach le había preguntado si lo amaba, no había admitido sentir nada por ella.

–¿Me quieres, Zach? –le preguntó entonces.

Sus ojos se encontraron durante lo que le pareció una eternidad.

–Quiero que sepas que me importas mucho.

–No te he preguntado eso. Quiero saber si estás enamorado de mí.

–Nos llevamos muy bien –dijo Zach, tomando su cara entre las manos–. Podemos ser muy felices juntos.

–¿De verdad? –los ojos de Arielle se habían llenado de lágrimas–. ¿Tú crees?

–Lo sé, cariño. Me gusta estar contigo, ayudarte, cuidar de ti, comprarte cosas que te gustan…

–¿Eso es lo crees que quiero de ti? –lo interrumpió ella, con el

corazón encogido–. ¿Cosas materiales?

–No, no… pero te prometo que nunca te faltará de nada.

–No lo entiendes –suspiró ella, negando con la cabeza–. Sólo quiero una cosa de ti y tú no puedes o no quieres dármela.

–¿Qué es? –preguntó Zach. Pero los dos sabían lo que quería y los dos sabían que no iba a dárselo.

–Lo único que siempre he querido, tu amor.

Él se levantó, nervioso.

–Tienes que entender que…

–No, por favor –lo interrumpió Arielle. No quería oírlo decir que no la amaba.

–Todo saldrá bien y te doy mi palabra de que nunca haré nada que no sea pensando en tu interés y en el de interés de los niños. Te juro que nunca más te haré daño.

–Es demasiado tarde para eso, Zach –suspiró ella, mientras su corazón se rompía en mil pedazos–. Acabas de hacerlo.

Capítulo Nueve

–¿Qué ocurre, Zach? –le preguntó Lana el viernes por la mañana, entrando en el salón de su casa–. Y no me digas que no te pasa nada porque te conozco perfectamente.

–Hola, Lana –suspiró él, sentado en un sillón frente a la chimenea–. Parece que el fisioterapeuta está haciendo maravillas, ¿no? Ahora caminas mucho mejor que hace una semana.

–No me cuentes rollos –dijo ella, mientras se sentaba a su lado–. No vas a distraerme con eso después de hacerme venir hasta aquí. Quiero saber por qué no has ido a la oficina en toda la semana y por qué parece como si hubieras perdido a tu mejor amigo y… ¿cuándo fue la última vez que te afeitaste?

–Hace un par de días –respondió Zach, pasándose una mano por la cara.

–¿Por qué?

–No lo sé, me apetecía tomarme unos días libres.

Lana hizo una mueca muy expresiva.

–Y yo nací ayer. Venga, Zach, no me cuentes historias. No has dejado de afeitarte ni un solo día desde que te encontraste tres pelos en la barbilla a los trece años. Y nunca te tomas días libres a menos que estés visitando alguno de tus hoteles, que los dos sabemos que no son unas vacaciones. Así que dime qué te pasa y dímelo ahora mismo.

Zach sabía que tendría que contarle la verdad. Incluso antes de que su padre muriese, Lana y él siempre se habían llevado de maravilla. Su hermana lo conocía mejor que nadie y era tan protectora como él con ella. De modo que no había escapatoria.

–En cinco meses y medio voy a ser padre… de mellizos –anunció por fin.

El silencio de su hermana demostró que era una noticia totalmente inesperada.

–¿Lo dices en serio? –le preguntó por fin, atónita.

–Tú sabes que no bromearía sobre algo tan importante como eso.

–Por Dios, Zach, sé que después del accidente no me he enterado de muchas cosas, ¿pero cómo es posible que me haya

perdido algo así? –exclamó Lana entonces–. He vivido aquí, en tu casa, durante varios meses y sé que no salías con nadie.

Después de explicarle lo que pasó en Aspen, y lo que había ocurrido recientemente, terminó contándole la reacción de Arielle cuando le pidió que se casara con él.

–Después de llevarla a su apartamento volví aquí. Fin de la historia.

–No, yo no lo creo –dijo Lana entonces–. Entiendo que esa chica te haya dicho que no porque yo hubiera hecho lo mismo. Si quieres recuperarla vas a tener que pedirle perdón de rodillas.

–Yo no pido perdón –murmuró Zach, de repente irritado con su hermana. Normalmente estaban de acuerdo en todo y le molestaba que no se pusiera de su lado.

–Bueno, pues yo diría que si quieres casarte con ella y criar a tus hijos vas a tener que empezar –Lana puso una mano en su brazo–. Sé que lo que pasó hace cinco años tiene mucho que ver con cómo has llevado esto, cariño. Pero Arielle no es Gretchen. Por lo que me has contado está encantada con el embarazo y con la idea de ser madre. Y, al contrario que Gretchen, es evidente que le gustan los niños porque es la propietaria de un colegio.

–Sí, ya lo sé.

–Entonces no la culpes por algo que no ha hecho.

Zach negó con la cabeza.

–No es eso.

–¿Ah, no? Sé que te culpas a ti mismo por no haberte dado cuenta de lo que estaba haciendo Gretchen. Pero eso es el pasado y tienes que olvidarlo de una vez. Y no sé si querrás admitirlo o no, pero lo que te hizo Gretchen fue más que nada un golpe a tu orgullo.

–¿Por qué dices eso? –exclamó él, enfadado.

–Tú pensabas que Gretchen te quería con locura y que deseaba las mismas cosas que tú, pero al final no era así y no puedes aceptar haberte equivocado –suspiró Lana–. ¿Es que no lo ves? Es una cuestión de semántica. Le has dicho a Arielle que te importa, pero no te atreves a pronunciar la palabra «amor» porque temes equivocarte con ella también. Y eso te asusta.

Su perceptiva hermana había dado en la diana, pero Zach no estaba dispuesto a aceptarlo.

–No sabes de qué estás hablando.

–¿Ah, no? Mira, sólo te digo una cosa: no dejes que tu orgullo

te impida ser feliz. Admite lo que sientes por ella y arriésgate otra vez. Por lo que me has contado, Arielle merece la pena.

Después de despedir a Lana, Zach tardó varios minutos en pensar de manera racional. Al principio los comentarios de su hermana lo habían enfadado, pero cuanto más lo pensaba más se daba cuenta de que tenía razón.

¿Estaba culpando a Arielle por lo que había hecho otra mujer? ¿No se atrevía a arriesgarse otra vez porque quería proteger su orgullo?

Mientras contemplaba esa posibilidad no podía dejar de recordar la expresión de angustia de Arielle y sus ojos llenos de lágrimas. Saber que le había hecho daño le encogía el corazón de tal manera que apenas podía respirar. Y cada minuto que estaba alejado de ella esa sensación se intensificaba.

Zach respiró profundamente para llevar aire a sus pulmones. Tenía dos opciones, pensó: podía ir a lo seguro, seguir negando lo que sentía por ella, y ser el hombre más triste de Texas. O podía olvidarse de su orgullo, decirle que la quería y arriesgarse a buscar la felicidad que, en su corazón, sabía que sólo encontraría con Arielle.

Cuando por fin todo estuvo perfectamente claro, subió a su dormitorio para afeitarse y darse una ducha. Si no quedaba más remedio le pediría perdón de rodillas por ser tan idiota. Y le rogaría que le diese otra oportunidad.

Arielle estaba sentada en el sofá, intentando reunir valor para llamar a sus hermanos y decirles que no fuesen a Dallas ese fin de semana.

No le apetecía nada porque le gustaría mucho verlos y le hacía falta un poco de apoyo, pero lo último que necesitaba era a sus dos hermanos mayores en plan protector diciéndole lo que debería hacer mientras ella intentaba lidiar con un corazón roto.

Afortunadamente, ya había roto todo contacto con Zach… al menos durante los últimos días, y estaba decidida a vender el colegio y marcharse a San Francisco.

Cuando el timbre empezó a sonar insistentemente su corazón dio un vuelco. Sólo conocía a una persona en Dallas aparte de los profesores del colegio, que a esa hora del día estarían trabajando, de modo que tenía que ser él.

Pues muy bien, le diría que se fuera y la dejase en paz. Aunque

conociendo a Zach no la haría ni caso.

–Arielle, tenemos que hablar –anunció Zach en cuanto abrió la puerta.

Ella negó con la cabeza, tanto para rechazar su petición como para evitar que viera que tenía los ojos llenos de lágrimas.

–Creo que ya nos hemos dicho todo lo que teníamos que decirnos.

–No, no es así –dijo él, empujándola suavemente por el pasillo para llevarla al salón–. Lo primero, ¿te encuentras bien?

No, no estaba bien y tal vez nunca volvería a estarlo. Pero no iba a decírselo.

–Estoy bien, sí –murmuró.

–Me alegro.

–¿Por qué has venido, Zach? ¿Qué quieres de mí?

–Ya te lo he dicho, cariño –sonrió él, metiendo las manos en los bolsillos del pantalón como si fuera una visita social–. Tenemos que hablar.

–No tenemos nada que hablar. Y ahora, por favor, márchate. –No hasta que me hayas escuchado. Luego, si sigues queriendo que me vaya, me iré. Sabiendo que sería absurdo discutir, Arielle señaló el sofá.

–¿Quieres sentarte?

–Puede que no sea mala idea. Voy a tardar un rato en decir todo lo que quiero decir. Ella suspiró mientras se dejaba caer en el sofá.

–¿De que quieres hablar?

Zach se sentó en la mesa de café y Arielle se echó un poco hacia atrás para poner distancia entre los dos. Si no lo hacía estaba segura de que acabaría echándole los brazos al cuello.

–Hace cinco años yo era un idiota arrogante que lo tenía todo –empezó a decir Zach, apoyando los codos en las rodillas.

–¿Y ya no lo eres? –le preguntó ella, sarcástica.

–Bueno, la verdad que me lo merezco –suspiro Zach.

Esa concesión la sorprendió, pero no estaba en su naturaleza ser cruel.

–Lo siento, no debería haber dicho eso –se disculpó Arielle.

–Tienes todo el derecho a decir eso y más.

¿Por qué tenía que ser tan guapo?, se preguntó ella. ¿Y por qué no podía sentarse en otro sitio? ¿No se daba cuenta de lo difícil que era amarlo sabiendo que él nunca la querría?

–Como iba diciendo, hace cinco años yo era un idiota arrogante que lo tenía todo. Me creía el más listo del mundo y totalmente invencible. Apenas tenía treinta años y ya era millonario, estaba prometido con una mujer que creí que me quería y que esperaba un hijo mío.

Arielle jamás hubiera podido imaginar que lo que tenía que decirle incluía una ex prometida y un hijo.

–¿Por qué me lo cuentas? –murmuró, angustiada. No quería saber que Zach había sido capaz de amar a otra mujer, pero no podía amarla a ella.

–Quiero que entiendas por qué me ha costado tanto volver a enamorarme –contestó él, sin dejar de mirarla a los ojos–. Por qué he sido tan cobarde.

Su franqueza la asombró, pero antes de que pudiera decir nada Zach se levantó y empezó a pasear por la habitación.

–No llevábamos mucho tiempo prometidos cuando descubrimos que Gretchen estaba esperando un hijo y yo pensé que la vida era maravillosa. Estaba encantado con el niño y ella aseguraba estarlo también...

–Y veo que no era el caso –sugirió Arielle.

–No, no era el caso –suspiró Zach–. En cuanto oyó la palabra «embarazada» empezó a hacer todo lo posible para librarse del niño.

Ella intuyó lo que estaba a punto de decir y, sin darse cuenta, se llevó una protectora mano al abdomen.

–Después de varias semanas matándose de hambre y negándose a descansar consiguió lo que quería.

–Lo siento –dijo Arielle, comprensiva. Si estaba encantado con la idea de tener el niño perderlo debió ser desolador para él.

Zach se pasó una mano por el pelo.

–Yo estaba muy ocupado construyendo el hotel de Aspen y no le presté suficiente atención. No me di cuenta de lo que estaba pasando –suspiró, sacudiendo la cabeza–. Tal vez si hubiera estado más atento podría haberla convencido de que tuviera al niño y me diese a mí la custodia.

De repente quedó claro por qué estaba tan decidido a hacer que comiese bien, por qué insistía en que se echara la siesta… por qué la cuidaba con tanto esmero. No confiaba en ella y estaba haciendo lo posible para que no pusiera en peligro el embarazo.

–Yo no soy esa mujer, Zach.

–Lo sé, cariño. Y siento mucho haber pensado que podrías serlo. Es culpa mía por no haberlo visto antes –dijo él, sacudiendo la cabeza–. Y también es culpa mía no haberme dado cuenta de lo que Gretchen estaba haciendo.

–No puedes culparte a ti mismo por lo que pasó. Ésa fue una decisión de tu prometida, no tuya.

–Sí, lo sé, pero entonces lo único que podía ver era que mi sueño de tener una familia había quedado destrozado.

Como ella, también Zach había carecido de una familia estable durante su infancia y era por eso por lo que formar una era tan importante para él.

–Imagino que debió ser terrible para ti.

–Sobreviví… pero mi orgullo se llevó un golpe tremendo.

–No te entiendo –murmuró Arielle, preguntándose qué tenía que ver el orgullo con esa decepción.

Zach se acercó entonces y volvió a sentarse en la mesa de café.

–Yo siempre he querido tener razón. Y cuando creo que la tengo, pase lo que pase no me echo atrás.

–Mattie me dijo que eras muy cabezota –asintió ella.

–Pues cuando descubrí que me había equivocado con Gretchen me volví loco. No era capaz de aceptar que todo había salido mal, que no me quería. Pero lo más duro fue admitir que tampoco yo estaba realmente enamorado de ella.

–A nadie le gusta aceptar que ha cometido un error, especialmente sobre algo tan importante –dijo Arielle.

–Pero yo cometí un nuevo error porque decidí no volver a ponerme en esa posición para no arriesgarme.

–En otras palabras, que decidiste no volver a querer a nadie o a confiar en nadie –dijo Arielle, pensando que su relación había estado condenada desde el principio.

–Pero estaba equivocado –dijo Zach entonces, mirándose las manos–. Sólo que no me di cuenta hasta que tú apareciste en mi vida.

El corazón de Arielle se encogió de tal modo que tuvo que hacer un esfuerzo para respirar. No podría soportar que le hiciera una falsa confesión de amor sólo para convencerla de que se casara con él.

–No, por favor, Zach…

–¿Qué? ¿Que no te diga que me enamoré de ti el día que te conocí? –Zach tomó su mano entre las suyas–. No puedo hacer eso,

cariño.

Los ojos de Arielle se llenaron de lágrimas y tuvo que hacer un esfuerzo para soltar su mano. No podía creerlo, no debía creerlo. Si lo hacía y estaba mintiendo…

–Creo que lo mejor es que te marches.

Cuando Zach se sentó a su lado en el sofá y la tomó entre sus brazos, ella empezó a temblar de manera incontrolable.

–No puedo hacer esto…

–Sé que no me crees. Crees que estoy mintiendo para que te cases conmigo, pero te juro que te quiero. Y siento muchísimo haberte hecho daño…

–Ojalá pudiera creerte.

Él tomó su cara entre las manos para obligarla a mirarlo a los ojos.

–Cariño, ¿crees que si hubiera querido mentirte sobre mis sentimientos no lo habría hecho el otro día, en el patio?

Lo que decía era cierto. Podría haberle dicho que la quería entonces… pero no lo había hecho. Había sido dolorosamente sincero sobre sus sentimientos.

–¿Pero cómo…? –empezó a decir, nerviosa–. ¿Por qué dices ahora que me quieres?

Zach sonrió mientras acariciaba su cara con reverencia.

–Me he dado cuenta de que todo el orgullo del mundo no merece la pena si no te tengo a mi lado. Sin ti, mi vida no significa nada.

La sinceridad que había en su voz, en sus ojos, la convenció de que hablaba de corazón.

–Oh, Zach, te quiero tanto, pero…

–Sé que tienes miedo –murmuró él, rozando sus labios–. Pero si me das una segunda oportunidad pasaré el resto de mi vida haciendo que no dudes nunca de mi amor por ti.

–La tercera.

–¿Qué?

–Me has pedido una segunda oportunidad, pero es la tercera –le recordó Arielle–. Y creo que es justo advertirte que será la última. Y será mejor que esta vez lo haga bien, señor Forsythe, porque no habrá otra.

Zach la estrechó entre sus brazos y la besó hasta que los dos se quedaron sin aliento.

–Te amo, Arielle Garnier. ¿Quieres casarte conmigo?

Ella soltó una carcajada.

–No pierdes el tiempo, ¿eh?

–Ya hemos perdido más que suficiente –dijo Zach, sin dejar de sonreír–. Pero no has contestado a mi pregunta.

Sabiendo que no tenía alternativa, Arielle asintió con la cabeza.

–No he podido resistirme desde el día que te conocí y eso no ha cambiado. Sí, Zach, me casaré contigo.

Las lágrimas que había intentado contener hasta ese momento empezaron a rodar por sus mejillas y, con la visión empañada, lo vio sacar una cajita de terciopelo negro del bolsillo. Y dentro estaba el anillo que habían comprado en San Antonio.

–Oh, Zach…

–¿Y mañana?

–¿Qué pasa mañana?

–No sé si te acuerdas, pero te dije que me gustaría que nos casáramos este mismo fin de semana –rió Zach.

–Pero no puedo solucionarlo todo en tan poco tiempo –protestó Arielle, deseando con todo su corazón poder hacerlo.

–Bueno, en realidad, no hay mucho que solucionar.

–¿Qué has hecho, Zach?

–¿Quieres decir aparte de pedirle a Juan Gómez que se hiciera pasar por un vendedor ambulante en San Antonio para poder hacerte un anillo a la medida, decorar el patio y la fuente del hotel, contratar una empresa de catering y pedirle a mi amigo, el juez Morrison, que solucionase el papeleo para casarnos? –rió él, apretándola contra su pecho–. Aparte de eso no he hecho nada, cariño.

Arielle se quedó maravillada.

–Cuando me enseñaste el patio, en realidad querías saber si me gustaba para la ceremonia.

–Así es. Antes me engañaba a mí mismo, pero ahora me doy cuenta de que todo lo que he planeado desde que te volví a ver lo había hecho porque te quiero y porque quería que ese día fuese el más especial de tu vida.

–Te quiero tanto, Zach. Y agradezco todo lo que has hecho, pero se supone que no deberías presionarme sobre la boda –le recordó Arielle, echándole los brazos al cuello.

–En realidad no te he presionado en absoluto –dijo él, besando la punta de su nariz–. Te prometí que no hablaría de ello y no lo he hecho. Pero nunca prometí no hacer nada… a tus espaldas.

–¡Zach! –protestó Arielle, riendo.

Pero si iban a casarse no debería haber ningún secreto entre los dos. Y ella aún seguía teniendo un curioso secreto que no le había contado.

–¿Tú crees en los cuentos de hadas?

–Si te refieres a lo del final feliz y todo eso, la verdad es que hasta hoy no había creído en ello –le confesó Zach, apoyando la barbilla en su frente.

Arielle sonrió.

–Pues entonces deja que te hable de mi hada madrina.

Epílogo

Al día siguiente, Zach estaba frente a la fuente del patio de su primer hotel con los hermanos de Arielle, los cinco, sorprendido del parecido físico que había entre ellos.

Salvo los mellizos, Jake y Luke, los otros tres eran de diferente madre, pero no había la menor duda de que estaban emparentados. Los cinco hombres medían más de metro ochenta y cinco, tenían un físico atlético y rasgos muy parecidos.

Y todos aceptaron a Zach en la familia, a su manera.

–Espero que sepas que nuestra hermanita siempre tendrá razón y tú siempre estarás equivocado –dijo Luke, riendo.

–Sí, lo sé –sonrió Zach.

–Y que lo único que tendrá que hacer es decir una palabra y uno de nosotros vendrá a darte tu merecido –añadió Jake.

Zach soltó una carcajada.

–No esperaría otra cosa de sus hermanos.

Caleb Walker intervino entonces:

–Yo creo que este chico va a ser un buen marido para nuestra hermana.

–Eso parece –asintió Nick Daniels.

–Bienvenido a la familia –dijo Hunter O'Banyon.

Cuando Arielle le contó que había encontrado a tres hermanos recientemente no sabía que hubieran formado un lazo tan pronto. Pero, considerando la curiosa relación que compartían con Emerald Larson, parecían tener mucho en común.

Luego miró a la mujer de pelo blanco sentada frente a una de las mesas con su ayudante personal, Luther Freemont. Era lógico que Arielle la viese como un hada madrina porque no sólo había hecho realidad su sueño de ser propietaria de un colegio sino que era la responsable de que hubieran vuelto a reunirse. Y eso servía para convencerlo de que era lo más parecido a un hada madrina con varita mágica incluida.

Zach miró hacia la puerta. ¿Dónde estaban Arielle, las mujeres de sus hermanos y Lana? En cuanto se reunieron en casa se la habían llevado a buscar un vestido de novia y no la había visto desde entonces.

–¿Te estás poniendo nervioso, Zach? –bromeó Jake–. Aún hay tiempo para salir corriendo. –Llevo toda mi vida esperando a tu hermana y no pienso perderla ahora –respondió él.

–Bueno, bueno, veo que estás fatal –rió Jake–. Y yo que creía que Luke había perdido la cabeza cuando conoció a Hailey…

–Ya te tocará a ti –le advirtió Zach–. Y cuando te pase será como si te cayera encima una pared de ladrillos.

–¿A mí? –Jake hizo una mueca–. Mientras haya un millón de mujeres entre las que elegir, imposible.

–Eso ya lo veremos –rió Zach.

En ese momento se abrieron las puertas y, al ver a Arielle con un vestido blanco hasta los pies y el pelo como una cascada de rizos, su corazón dio un vuelco dentro de su pecho. Debía ser el hombre más afortunado de la tierra y tenía intención de pasar cada momento de su vida haciéndole saber cuánto la quería.

Zach se acercó a los escalones para ofrecerle su mano.

–Te he echado de menos, cariño.

–Y yo te he echado de menos a ti.

–¿Tienes idea de lo preciosa que estás y cuánto te deseo ahora mismo? –le susurró Zach al oído.

Su bonita sonrisa estuvo a punto de hacerlo caer de rodillas.

–Probablemente tanto como yo a ti.

–Entonces, ¿qué te parece si empezamos con la ceremonia para poder subir a la suite nupcial a disfrutar de la parte más íntima?

–Buena idea, señor Forsythe –asintió Arielle mientras se acercaban a la fuente donde esperaba el juez para convertirlos en marido y mujer.

***

–Luther, ¿no es la novia más guapa que has visto en tu vida? –suspiró Emerald, orgullosa, secándose los ojos con un pañuelo de encaje.

–La señorita Garnier es una novia bellísima, sí –asintió su ayudante con su habitual gesto impasible.

Emerald miró alrededor. Casi todos los invitados eran miembros de su familia; una familia que había ido reuniendo poco a poco y de la que se sentía muy orgullosa.

Pero cuando miró a Jake, arrugó el ceño. Se parecía a su padre más que ninguno de los otros nietos y era, sin la menor duda, el

que más la preocupaba.

Pero al contrario que su irresponsable hijo, Jake era complejo y más sentimental de lo que creía la mayoría de la gente. Y a menos que estuviera muy equivocada, el que más había sufrido por el abandono de su padre.

Emerald suspiró. Sólo el tiempo diría si su actitud despreocupada era algo más que una cortina de humo para esconder su afectuosa naturaleza. Y una vez que se fuera a Kentucky a hacerse cargo de la empresa que le había correspondido en su legado, el reloj empezaría a marcar las horas.

–Yo os declaro marido y mujer –anunció el juez Morrison, haciendo que Emerald mirase a su nieta y a su guapo marido.

–Bueno, Luther, hemos vuelto a tener éxito una vez más –le dijo, con una sonrisa en los labios.

–Sí, señora, todo ha salido como usted lo planeó.

–¿Todo está arreglado para que Jake se vaya a Louisville? –le preguntó la anciana, levantándose de la silla.

Luther asintió con la cabeza.

–Los documentos están firmados para que tome posesión de la granja Hickory Hills a primeros de mes.

–Estupendo.

Emerald sonrió, feliz, mientras iban a felicitar a la pareja de recién casados. Luther y ella eran un buen equipo y habían ayudado a cinco de sus seis nietos a encontrar la felicidad.

Después de besar a los novios y desearles una vida próspera y feliz, Emerald puso una mano en el brazo de Luther para volver a la mesa.

–Bueno, ya hemos solucionado el problema de Arielle. Ahora sólo nos queda Jake.